

EL ECO DE EUROPA.

REVISTA ILUSTRADA
DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

PRECIOS.

Madrid: Un mes..... 2 pesetas.
Provincias: Trimestre... 6 pesetas.
Un año..... 20 pesetas.

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes.

PRECIOS.

Extranjero: Trimestre... 8 pesetas.
Ultramar: Id. (motáculo)... 8 pesetas.
Semestre..... 14 pesetas.

LA PINTURA EN NUESTROS DÍAS.

I.

Del mismo modo que la poesía dramática y la lírica; del mismo modo que todas y cada una de las esferas del Arte y de la Ciencia, la Pintura atraviesa también en nuestros días una profunda crisis. Las Exposiciones pictóricas de estos últimos años; la permanente que con noble propósito iniciara el señor Bosch en la Platería de Martínez, y los recientes envíos de nuestros pensionados en Roma, bastarían, como ejemplos fehacientes, para comprobar, con notoria evidencia, que el arte de la representación plástica, por medio del diseño y del colorido, se encuentra hoy afectado de indiscutible marasmo y de manifiesta decadencia.

La pintura, como el teatro, se vé claramente: está disuelta en las vanalidades de la forma, engolfada en un realismo puramente externo, no produce otra cosa que las detalladas minuciosidades del ropaje, ó las maliciosas voluptuosidades de un refinamiento, que solo tiene de profundo el extravío moral á que obedece, y la precision, en muchos casos nimia, de las particularidades que en ellas se destacan y acentúan, hasta como su único y exclusivo objeto. Errante y sin brújula, la pintura contemporánea apenas si corre alguna vez tras una idea, ó si pretende de cuando en cuando denunciarnos embelecido algún misterio de la vida interior, ó alguna revelación seria de la historia. Los ensayos de los Rosales y de los Manzano, ensayos que anunciaban una aurora, con noble fin secundados por los Gisbert, los Palmaroli, los Casado y los Haes, parecen hallarse detenidos y como en suspenso.

Y es que la pintura, todavía más encarnizadamente que la poesía, lucha con el pasado, y se halla por éste más atraída y más subyugada y sujeta. De tal modo se ha ingerido y dominado la idea de que la pintura es el arte romántico por excelencia, que quizá debido á preocupacion semejante, y que en tan numerosos ejemplos se apoya, es, entre otros motivos, ocasion y causa de la vida tan poco original é innovadora que en sus actuales manifestaciones observamos.

Difícil se hace, por lo visto, á los pintores de nuestra época, generalmente más educados en las tradiciones del arte y en los detalles materiales de la ejecucion y de la forma, que en el fondo de la pintura misma, y en sus verdaderas fuentes de produccion y desarrollo, el comprender que esta esfera artística tiene también por campo y por horizonte inagotable é infinito el campo mismo que las demás artes, que también para ella se dan iguales motivos de vigorizacion y decadencia, de apogeo y de abatimiento. Su objeto, así como el de las demás artes particulares, á su modo, y con sus medios propios, es retratar los fenómenos que la vida ofrece, los matices por que pasa, y todas las alteraciones y modificaciones que aquella va sufriendo en el curso incesante de sus manifestaciones históricas. Y no cabe decir que el arte es esencialmente forma, para atenuar con esto, en lo posible, el notorio espectáculo de su decadencia reinante; porque despues de todo, aunque el arte tenga como

principal objeto informar la belleza, y por tanto la exteriorizacion y la vestidura de las cosas y de los hechos, sin embargo, el problema del fondo que su bella forma haya de expresar, será siempre una cuestion esencialísima y de imprescindible condicionalidad para que el arte exista.

La belleza y la verdad no son jamás términos separados en la vida. La belleza es eternamente, como Platon decia, el resplandor de lo verdadero, y por tanto, el resplandor no cabe cuando el cuerpo luminoso que lo irradie y haya de reflejarlo se halle ausente.

Error más comun de lo que se cree es, por lo visto, el de considerar que la pintura, como bello arte, no consiste más que en el dominio material de los contornos y de las sombras que la realidad nos ofrece, y en la distribucion puramente geométrica de la perspectiva, de la luz y del claro-oscuro. Esto, jamás será otra cosa que el medio indispensable, pero solo el medio de las manifestaciones de lo bello y de lo propiamente estético de la pintura. Representarnos una maja que tañe la guitarra, una vieja vendiendo verduras, un frutero que anuncia su mercancía, dos ó tres chiquillos monstruosos, verdaderos Quasimodos, cogidos á vuelo de pincel por cualquier aprendiz que observa sus gestos grotescos y sus miembros deformes, será copiar la realidad prosaica con minucioso y detallado esmero; hacer la fotografia de lo vulgar, y trasladar al lienzo lo comunísimo y lo pedestre; pero todo ello, cualquiera que haya sido la observacion material y el análisis de mal gusto y de verdadero extravío artístico que haya entrado en su ejecucion, no será jamás arte, ni, por consiguiente, inspiracion, ni génio, ni belleza.

El arte, para conmovernos, para elevarnos, ha de distinguirse siempre por la superioridad del diseño, por la grandeza de su finalidad. El artista somete la naturaleza entera á la belleza original que concibe, y, por consiguiente, no es el subordinado, sino el soberano de la naturaleza misma. Esta verdad, tan eterna como el arte, tan reconocida por todos, tan sabida de todos, se va oscureciendo, se va perdiendo, va quedando sofocada por esas inmensas capas de materialismo corruptor que están sofocando la vida práctica de nuestro tiempo. El contorno, la luz, los colores, las sombras, perpétuos modelos, pero desparramados por el Universo y solo accidentalmente ofrecidos al artista en toda su bella realidad visible, no se le dan á éste para que simplemente los copie y los traslade al lienzo, sino para que los someta, combinándolos, á la expresion de la idea fundamental que se proponga, y al objeto estético por él sentido. Todos estos caracteres reales de la naturaleza son datos aislados, puras fenomenalidades que pasan ante nuestros ojos sin afectarnos, mientras nosotros, arrancando de nuestro sentimiento mismo, como verdadera unidad del arte, no los contemplamos como expresion de lo que internamente pasa en nuestra alma. ¿Quién ha encontrado la divina y profunda y lánguida melancolía de una tarde de Otoño al irradiar en ella el sol sus últimos moribundos resplandores? ¿Quién ha podido afectarse ante las sombras que la noche ex-

tiende sobre un paisaje? ¿Quién puede emocionarse alegremente ante la difusión y el desparramamiento de la luz, en un punto ó en una localidad que, momentos antes, apenas si destacaba los contornos y las líneas más ó menos austeras y graves que el claro-oscuro naturalmente nos ofrece?

Pues bien; aquellos rayos que van palideciendo solemnemente y bañando de tristeza el paisaje de Otoño; aquella sombra nocturna que hace fantástica la silueta de las cosas y de los objetos; aquella luz que, desparramándose, extiende á torrentes la alegría en el corazón y la claridad en el alma, son, en cuanto puros fenómenos ofrecidos por la naturaleza, indiferentes y necesarios hechos de un mundo impasible en sus leyes, correcto en sus fases, inalterable en sus espectáculos.

Aquella alegría, aquella tristeza, todo aquel mundo estético, está principalmente en nuestra alma; la naturaleza no hace más que reflejarle. Para que tengan la vida idealmente sentida que el artista se propone, es necesario que éste los subordine á una idea, á una acción, á un drama, á un idilio, á todo un poema, si tan alto piensa, si tan alto siente. El que esto no entiende, el que esto no penetra, jamás logrará esa divina facultad, ese poder soberano, á favor del cual únicamente se alcanza el honrosísimo calificativo de artista.

Pero todavía esto no es más que una parte esencialísima, sin duda, del arte pictórico. El pintor necesita, á la manera del poeta, vivir con los tiempos, caminar con ellos, ser su intérprete en el lienzo, traducir la vida que pasa, no en sus vulgaridades, sino en sus hechos trascendentales, elevados, en los hechos de general influencia social, en los que propiamente merecen el calificativo de acontecimientos. Y cuenta que los acontecimientos no son sólo los episodios ruidosos del siglo, ni los que constituyen lo que pudiéramos llamar el espectáculo visible de las cosas y de los fenómenos públicos, sino también esas escenas íntimas, pero de común influencia en medio de su particularidad que á todos afectan, ora produciendo el drama secreto de nuestra vida interna, ora causando el incidente cómico ó la sublime delicadeza que puede denunciarse hasta en las escenas á primera vista más insignificantes y de más modesta representación.

Precisamente lo que ha dado su gloria al malogrado Fortuny es el haber sabido, en este género, ser el órgano de las aficiones reinantes, y más que de las aficiones, de las exigencias prácticas reinantes. Él es principalmente el gran pintor de los pequeños cuadros, el que con admirables toques ha presentado embellecidas esas realidades de localidad, de gabinete, de escena íntima, que tanto nos agradan por su carácter analítico, y por esa condensación delicada y llena de intención, con que ha anotado los incidentes, absorbiéndolo todo en ellos, y presentando de un rasgo, ó bien la actitud de una pasión en germen, ó la postura que toma un sentimiento que quiere revelarse, pero sin ostentarse demasiado. Quizá Fortuny, soberano en este terreno, donde el hecho que se retrata es el único designio del artista, no valía tanto para las obras de gran extensión en la mirada y de gran horizonte en la perspectiva moral de los asuntos. Pero sea de ello lo que quiera, su aparición y su reinado ha sido, hasta cierto punto, una feliz indicación.

Sin embargo; por más que este género haya sido cultivado con éxito notorio por uno de los pintores de más reputación actual, no debemos olvidar que la pintura, como el arte todo, cuando se encuentra como hoy en una crisis verdaderamente peligrosa, necesita, para regenerarse, apelar á las grandes ideas, á los grandes principios, á sus grandes horizontes y perspectivas. En nuestros días, una crítica profunda ha invadido el pensamiento é impera en el sentimiento de todos los espíritus; y esta crítica ofrece también al arte mundos enteros de inspiración, que apenas si han comenzado á desflorarse. En la histo-

ria domina el temperamento de la investigación y del análisis; buscamos en los acontecimientos del pasado la clave de su producción y la razón de su estallido; y este campo admirable, apenas bosquejado, ofrece inagotable asunto al pintor de historia que sepa con habilidad y con genio explotarlo y cultivarlo. Kaulbach en Alemania, Mesonier en Francia, nuestro inolvidable Rosales en España, Gisbert y algunos otros actualmente, han producido en este orden obras de inmortal valía. Ellos han sabido apoderarse en cierto modo de los secretos estéticos de la historia, y tenido el arte de entresacar sus bellezas, arrancándolas al realismo de su materialidad, y ofreciéndonos, al modo de Rafael y de Velázquez, los grandiosos espectáculos, ya casi olvidados, de que la pintura puede ser medio y ocasión divina para perpetuarlos. Kaulbach, sobre todo, en su admirable cuadro del *Renacimiento*, es el Rafael de nuestro siglo, y en su grupo de retratos combinado y ordenado al modo de la *Escuela de Atenas*, nos ha presentado la historia entera de la Edad Moderna. Allí se ven expresados por el pincel clásico de los grandes tiempos del Renacimiento los característicos toques y la fisonomía moral de los héroes de la civilización moderna. Allí los precursores de la Reforma están de tal modo entendidos, que dominan las alturas arquitectónicas del cuadro; allí está el genio de Lutero, ostentando, con la audacia del reformador atrevido, la *Biblia* abierta al mundo estupefacto; allí está Guttenberg con hercúlea mano, adhiriendo á la elevada columna del templo gótico, que sirve como de escenario á la apoteosis, el impreso terrible que había de transformar el universo de las ideas y de los pensamientos; allí está Vinci trazando el inmortal bosquejo de su *Cena*; allí Colón, allí Galileo, allí Shakspeare, allí Durero, allí Isabel de Inglaterra, allí Cromwell, allí los grandes críticos, los guerreros, los diplomáticos, el genio de la erudición acusadora, el talento de la investigación que abruma, el espíritu de la penetración que sondea los abismos del alma y que descubre los inacabables caracteres y la infinita actividad del átomo; allí, en fin, los dos mundos de la naturaleza y del espíritu, fundidos entre sí para la prosecución del mismo fin providencial y humano; es decir, el desarrollo, el crecimiento, el progreso, en una palabra, de la humanidad.

Aunque más reducido en las proporciones del horizonte crítico, nuestro malogrado Rosales ha poseído en su *Muerte de Lucrecia* y principalmente en el *Testamento de Isabel la Católica*, el sentimiento de la pintura histórica. Suavizando las asperezas de la realidad, ocultando y disimulando el materialismo de los hechos, ha presentado con feliz creación el lado material espiritualizado de la tragedia romana, y el lado solemne y tiernamente melancólico de la muerte de Isabel de Castilla. Mundos enteros de consideraciones se agolpan á la mente del espectador, á la vista de estos cuadros, verdaderamente bellos, de la historia.

En la *Muerte de Lucrecia* déjase entrever la revolución social y política de todo un pueblo; en la *Última voluntad de Isabel la Católica*, el camino que se va trazando al porvenir de toda una nación querida. Todos los personajes tienen la bella actitud que cuadra al sentimiento que quiere denunciarse, y principalmente, los últimos momentos de la reina de Castilla acusan la augusta severidad del momento, eternizada por el artista, mediante la horizontalidad de sus líneas expresivas y la igualdad de claro-oscuro acentuado y suavemente extendido por aquella estancia, donde impera ya la noche y casi las sombras del sepulcro.

A la vista de este cuadro, y ante su bellísima realidad, cualquiera que sea el espíritu crítico del observador, se satisface y se convence. Si el que lo contempla es tradicionalista, puede bañar allí su alma en la profunda melancolía que la escena irradia, al sentir viva en el lienzo la imagen de un pasa-

do, cuyas últimas glorias se reflejan en el semblante augusto de un moribundo ilustre; si, por el contrario, el observador está aguijoneado por la sed de las innovaciones y de las reformas, encuentra en las palabras, que casi se oyen salir de los cárdenos lábios de la augusta enferma, una como profecía de futuras dichas, profecía sin duda más real por el deseo sentido que por el procedimiento dictado; pero deseo al cabo de un porvenir mejor, y sueño eterno de mejora continua, evidenciado por la historia misma.

Otro pintor ilustre de nuestra época es Gisbert. Tan maestro como Rosales en el dominio del contorno y del colorido, siente también la historia reviviendo bajo su pincel inspirado. Su cuadro de *Los Comuneros*, su *Desembarco de los Puritanos en América*, son obras inmortales, y pudiéramos decir que Gisbert es en cierto modo el Quintana de la pintura de nuestro tiempo. Los dos cuadros citados son el retrato de la libertad en su momento más augusto, en su momento más conmovedor y más tierno, en la imagen de ese instante que una vez contemplado jamás se olvida, y que para siempre se graba. La libertad en la emigración es heroica; la libertad en el cadalso es épica; y estas evocaciones de la historia, traídas a nuestra mente por el lado siempre conmovedor de la belleza, empresa es digna de todo gran artista.

Por otra parte, aquella melancólica luz de un amanecer lleno de presentimientos sombríos, con que Gisbert ha iluminado la terrible escena del suplicio de los héroes de Villalar; aquellas tintas que por todas partes llenan el horizonte de un claro-oscuro que parece revelar más bien la noche que iba a venir, que el triste día que anunciaba, cuadran perfectamente a la infausta tragedia que allí se desenlaza, y tras de la cual una sombra inmensa de despotismo había de extenderse a modo de negro sudario, sobre la tumba de las libertades castellanas.

Pero estos fulgores divinos de hace pocos años han sido pasajera estrella que ha cruzado por el horizonte de nuestra patria. La pintura de historia ha quedado casi por completo abandonada, y apenas si en estos últimos años ha dado señales de existencia. Y, sin embargo, ya lo hemos dicho: la crítica histórica de nuestro tiempo es un minero inagotable para la inspiración de todo artista que, con profundidad de designio, sepa explotarlo; puesto que penetrando por su carácter analítico en el alma de los hechos, nos está revelando lo que éstos tienen de más sustancial, permanente y trascendental en su influencia. Casi puede decirse que nos dá preparado el asunto y los más importantes detalles de su belleza realizable. Apenas si necesitan de parte del artista más trabajo que el de aplicarles el colorido, los matices y las tintas.

Si de aquí pasamos al cuadro que podríamos llamar de costumbres, un fenómeno por demás curioso y notable, al par que desconsolador, nos ofrece la pintura contemporánea. Todavía no tenemos un verdadero ejemplar modelo que retrate al vivo las grandes, y á veces tenebrosas bellezas, del drama diario y continuo de nuestra época. Las pasiones reinantes, las actuales vacilaciones de nuestro espíritu, las eternas dudas que nos aquejan, el horizonte sombrío que cada cual recorre en medio de una vida de azares, de desconfianzas, de recelos mutuos, de peligros continuos, no ha encontrado un intérprete en el lienzo que las haya sabido dar á conocer en su forma seductoramente interesante. Y sin embargo, ¡qué de heroísmos callados y secretos no se están llevando á cabo diariamente! ¡Qué luchas tan titánicas entre la conciencia y el interés, entre las ideas que se aman y las seducciones que nos cercan, entre el pensamiento que se acaricia y la conveniencia que se le interpone, entre el deber y la utilidad, entre el bien con que soñamos y entre el mal que nos rodea con abrumadora realidad!

Y es que la vida presente tiene también para el génio artis-

tico que sabe adivinar y descubrir, sus tentaciones y sus cenobitismos, su santidad y su miseria, el dolor de las injusticias sufridas, y el encanto, y el cielo, y la gloria, en medio de la cual vive toda conciencia satisfecha, aún amenazada de rayos y centellas; pero todo esto al modo de los tiempos, en la forma original, pero no por eso menos bella, con que hoy sabe tentarnos el demonio de la ambición, el demonio de la codicia, el Satanás de la soberbia, ese enemigo interno que llevamos dentro de nosotros, y que puede hacer de nuestro propio espíritu el círculo sombrío de los tormentos imaginados por el Dante.

La vieja inspiración de ideales pasados que han llenado ya su misión histórica, no puede servir á la pintura contemporánea, como no sirve á la poesía ni al arte entero de los tiempos modernos. En nuestros días, el asunto corriente, y por cierto no ménos dramático y con seguridad más profundamente bello que en los siglos que nos han precedido, es un asunto decididamente psicológico. Quizá á nuestros jóvenes pintores, erróneamente inspirados en una tradición ya gastada, y que solo puede servirles como educación preparatoria y como de puro medio de ejecución artística, habrá de parecerles prosáico el retratar, embelleciendo, la vida tumultuosa y vigorosamente activa de nuestro siglo; pero si tal piensan, es que no han penetrado su dolorosa belleza, ni sentido las sublimes amarguras que encarna una lucha incesante de energías y de abatimientos, de fé y de escepticismo, de creencias y de dudas, de convicciones y de terrores, de luz y de sombra. En el período de transición universal en que nos encontramos, la *transición* es también la forma propia de la vida que el arte necesita desenvolver y sublimar; y si nuestros hechos contemporáneos están aún harto tocados é influidos por nuestras tradiciones y recuerdos, recuerdos que con cierto encanto, á la verdad, motivan los asuntos frecuentes del pintor de nuestros días, no lo están ménos por las aspiraciones sentidas y por los deseos de regeneración que ya nos aguijonean y solicitan, sea cualquiera la base ó principio bajo el cual tendamos á operarla.

Mas en la hora presente que atravesamos la decadencia ha vuelto, el marasmo ha renacido. ¿Cómo hablar de las últimas Exposiciones sin dolor profundo? ¿Cómo mencionar siquiera los recientes envíos de nuestros pensionados en Roma? Al llegar aquí, corramos un velo. En esa desdichada propensión, en ese viejo resábio que todavía le queda á esta patria, tan desventurada como querida, de volver á desandar lo andado; de galvanizar, en fuerza de tenacidad insensata, un pasado tan imposible como absurdo, de tender siempre á meterse en callejones sin salida, se encierra á nuestro juicio la clave del enigma, y allí palpita la causa funesta de los amargos frutos que vamos recogiendo.

Nó; el pasado no puede volver, es contra toda razón de la lógica y contra toda fuerza y energía histórica; la humanidad no camina hácia la muerte, sino hácia la vida; el Arte, como la Ciencia, tienen horror al sepulcro; su punto de partida es lo eterno, el camino que recorren lo infinito, el fin á que tienden lo permanente y lo absoluto. Cuando el Arte y la Ciencia, estas emanaciones de Dios, chocan para agrandarse con los acontecimientos que pretenden, con locura insensata, impedirles el paso, de su energía inmortal, hacen salir una nueva idea, y con ella armados, deshacen el presente que se les opone, y siguen magestuosos, imponentes, libres, soberanos, su rumbo augusto hácia la eternidad, que es su centro, su trono, su inmutable asiento, el pedestal de su inmarcesible gloria. ¿Cómo dudar jamás de la regeneración infalible del Arte todo, y en especial del Arte pictórico hoy casi eclipsado y como anulado y semi-proscrito?

M. Calavia.

El pasado miércoles, 17 del actual, fué aniversario del glorioso natalicio del príncipe de nuestros poetas, Calderon de la Barca. En honor á su nombre y á su obra inmortal *La vida es sueño*, publicamos á continuación el excelente trabajo que, sobre Segismundo y Hamlet, nos ha remitido el jóven poeta y distinguido autor dramático D. Ricardo Blanco y Asenjo. EL ECO DE EUROPA, al par de felicitar al literato por su bien meditado artículo, saluda agradecido al amigo por su atencion.

HAMLET Y SEGISMUNDO.

ENSAYO CRÍTICO SOBRE SHAKESPEARE Y CALDERON.

La concepcion de lo sublime no es obra meramente subjetiva del poeta; la naturaleza que le rodea concurre tambien con sus formas y sus limitaciones; la nacion y la época con sus ideas y sus costumbres; la humanidad, en fin, con su sentido propio, con su modo de ser, inmutable y permanente en todo lugar, en todo tiempo. Esto último constituye el carácter humano, sello inseparable de todas las grandes obras de arte.

Romper el ancho valladar de los siglos; salir del estrecho círculo de las preocupaciones nacionales para cantar al hombre de todas las épocas y de todos los pueblos, ésta es la obra gigantesca reservada al génio. Cuando las obras de arte llegan á encarnarse en la naturaleza humana, adquieren una verdadera realidad histórica, eterna siempre, mientras el hombre exista ó su naturaleza no se desvirtúe. Mientras la humanidad y sus pasiones no perezcan, vivirán siempre Philoctetes, la humanidad que sufre; Prometeo, la humanidad que lucha; Electra, la humanidad que se venga; Iphigenia, la humanidad que se sacrifica. Y no se crea que es este privilegio exclusivo de las obras clásicas antiguas, como no es el génio patrimonio de determinados tiempos; que no son las literaturas modernas ménos ricas en admirables concepciones á las que dan animacion y vida la acalorada fantasía de los pueblos. Fausto, Werther, Quasimodo, Pantagrúel y Gargantúa, Don Juan Tenorio, Don Quijote y Sancho, Manfredo, Hamlet, Segismundo, Laura, Beatriz, Inés de Castro, personajes son todos que viven y vivirán entre nosotros; y nadie habrá que los desconozca, nadie que no sepa atribuirlos sus verdaderos caracteres.

..... *Flebilis Ino,
Perfidus Ixion, lo vaga, Tristis Orestes.*

Esta es la obra del génio, llámese Sófocles ó Eurípides, Shakespeare ó Cervantes. Ideas no determinadas; sentimientos no experimentados; aspiraciones sin límite fijo; tendencias hacia algo desconocido; incierta penumbra, donde la luz de la inteligencia se confunde en la vaguedad sombría de los sueños; todo eso que flota en el alma del hombre y que es un arcano aún para la ciencia, sólo por el génio puede ser comprendido y revelado. Los misterios del alma, los movimientos del corazón humano, no pueden definirse; en las pasiones no es posible determinar géneros próximos ni últimas diferencias; por eso la más propia definicion de la pasión es la pasión misma; de aquí el origen de los que en literatura se llaman *caractéres*.

Mas no fué sola obra del génio evocar del corazón humano los misterios del amor y del odio, de los celos y la venganza, del temor, de la ira, del abatimiento y la tristeza, sino que á veces pasiones no determinadas, pasiones casi desconocidas, hallaron en el arte clasificacion distinta y separada. Seguramente que la Psicología no tiene tecnicismo bastante para expresar todo lo que de vago y misterioso encierra el espíritu humano bajo estos dos solos nombres: *Hamlet y Segismundo*.

En estas dos grandes concepciones, Shakespeare y Calderon han hecho de la ficcion dramática realidad de la vida, y del

sentimiento poético profundidad filosófica. Hamlet y Segismundo son, sin duda, los caracteres más gigantescos y atrevidos que han producido las literaturas modernas, y en ambos viene á efectuarse lo que respecto á las obras de génio hemos dicho que sucede.

Prescindiendo de ciertas apreciaciones de época, de algunos amaneramientos en la forma, y de otras preocupaciones ajenas á las nacionalidades distintas de los teatros español é inglés, en el fondo los caracteres corresponden al espíritu del hombre de todas las naciones y de todos los tiempos. Hamlet no es el príncipe de Dinamarca ni el cortesano de Isabel de Inglaterra, como Segismundo nada tiene que ver con el alcázar de Varsovia ni el palacio del Buen-Retiro. Hamlet y Segismundo no son ni príncipes herederos ni magnates; son sólo hombres; ántes que todo, su naturaleza es humana; ambos podian decir como Terencio:

Homo sum; nihil humani a me alienum puto.

Hemos dicho que en ambas obras resplandece en alto grado lo que llamamos carácter humano; y esto es tanto más cierto, cuanto no es muy exagerado afirmar que en Hamlet y Segismundo se agita, no sólo el drama del hombre, sino el drama grande, misterioso y terrible de la humanidad entera. De aquí la necesidad de que esas dos figuras aparezcan revestidas de tan atrevidas y colosales dimensiones como la misma magnitud de la accion requiere. Acaso éste es el único origen de algunas acusaciones formuladas por una estrecha crítica, que, sin analizar bien el sentido interior, atribuía á inverosimilitud y extravagancia la agitacion violenta que conmueve el espíritu de ambos personajes. De Hamlet, en particular, se ha dicho que es un tipo al que nada hay en la realidad que se le parezca; Hamlet es un hombre que no se parece á ningun otro hombre; aunque así sea, ni el poeta ha de ser esclavo de la realidad, ni por eso Hamlet es una concepcion absurda y fuera de sentido, puesto que en medio de todas las peripecias, si quiera sea con admirable originalidad, piensa, siente y quiere, como pueden pensar, sentir y querer los demás hombres; lo cual basta á la verosimilitud de su carácter. Hamlet tiene seguramente ese sello de personalidad que Shakespeare sabia dar á todas sus creaciones; pero el Hamlet no es un tipo tan original que raye en lo inconcebible, aunque, por otra parte, no se dé en lo vulgar y comun de la existencia. Pope decia de los personajes de Shakespeare que en cada uno se desarrollaba un individuo, y Johnson que en cada uno se incluian otras tantas clases de individuos. Sin embargo, el Hamlet no cabe en ninguna de estas dos apreciaciones: la primera es demasiado limitada; la segunda demasiado extensa. Hamlet no es un solo individuo, sino la humanidad toda, ni es una clase de individuos, en cuanto no hay más que un Hamlet. Esto viene á comprobar que hay cierta armonía entre su *individualidad*, que le hace aparecer como original y único, y su *humanidad*, que, mostrándole en su naturaleza de hombre, sin hacerle vulgar, le convierte en verosímil.

Calderon, en *La vida es sueño*, tambien ha planteado el gran problema de la existencia; pero entre él y Shakespeare ha habido análoga diferencia á la que media entre Sófocles y Eurípides. Calderon es más humano, Shakespeare más misterioso y terrible; el Segismundo de Calderon se acerca más al hombre de la realidad que el Hamlet de Shakespeare. Shakespeare es más arrebatado y más inmenso, Calderon más determinado y más profundo. Acaso esta diferencia particular corresponde á caracteres generales, propios de ambos teatros, que á su vez obedecen á esas influencias exteriores de lugar y de tiempo de que ya hemos hablado. Esa vaguedad de Hamlet coincide con el fondo caótico que se advierte en Milton, con la sombría confusion de Spenser y la versatilidad melancólica de Byron. Las obras de la literatura inglesa tienen mucha incer-

tidumbre y transparencia; son como las montañas de Escocia, que, al par que se elevan, se oscurecen entre la niebla. En España, al contrario, el arte es detallado y preciso, como las sombras que dibuja el claro sol del Mediodía.

Las dos obras dramáticas tienden, sin embargo, aunque en distintas fases, á la solución de un mismo problema. Presentar en la escena la eterna lucha del espíritu, combatido por la duda, y que se alza entre el sombrío fondo de dos existencias desconocidas, la vida de la materia y la del espíritu, la vida de la realidad en lo presente, y la vida de la verdad en lo futuro; tal es el fin dramático que ambos géneos se propusieron. Este es el constante problema de la Humanidad, problema de dos caras, como las estatuas de algunos dioses paganos: la vida y la muerte son anverso y reverso del problema; del un lado está Segismundo, del otro Hamlet; y por eso estos dos caracteres, distintos en cuanto se oponen, son idénticos en cuanto se completan.

Aparte de esto, que corresponde al fondo ó interior del asunto, hay otra semejanza no ménos importante entre estos dos personajes, semejanza que obedece en algo á la influencia exterior que en las literaturas ejercen las épocas. Hamlet y Segismundo son las más legítimas producciones del arte romántico; nada hay en las literaturas clásicas que se les parezca. Hamlet, vengando la muerte de su padre y la liviandad de su madre, en nada se aproxima á Electra y Oréstees, por más que Warbuton se empeñe en demostrarlo. Segismundo se relaciona aún ménos con los héroes de la tragedia griega; y si bien este sublime carácter tiene mucho de la grandeza y la desgracia de Prometeo encadenado, fuera imposible establecer comparaciones entre el drama de Calderon y la tragedia de Esquilo.

En el teatro clásico hay cierta serenidad altiva que hace que sus personajes, en medio de las más violentas pasiones, no pierdan ese aspecto majestuoso y tranquilo, acaso inspirado al pueblo griego por la perfección de su estatuaria. En Roma, aparte de la imitación del arte helénico, la filosofía estoica acabó por dar su fría severidad á la tragedia. Así como en Esquilo se presiente á Fidiás, se adivina á Catón en las obras de Séneca.

En el arte romántico la pintura de la pasión es llevada hasta el último detalle, y los movimientos del corazón se presentan libres y apresurados, sin más influencia que la en ellos ejercida por el curso también rápido de los acontecimientos. De aquí resulta que en el arte romántico hay más variedad y vida, en cuanto el alma se agita sin coacción alguna, abandonada á sí misma, luchando con sus propias fuerzas, y con frecuencia sucumbiendo. Como consecuencia, en el arte romántico hay cierto desequilibrio entre la acción exterior y las pasiones que conmueven interiormente á cada uno de los personajes. Este desequilibrio ha sido llevado no pocas veces al extremo en nuestras literaturas modernas. Presentar grandes caracteres llenos de vida interior, revelados apenas en la acción dramática por hechos escasos y vulgares, mientras la principal acción tiene lugar en lo profundo de su espíritu, donde luchan y se precipitan las ideas, las pasiones y los pensamientos con rapidez vertiginosa, tal fué la obra de la literatura en estos últimos siglos. Shakespeare fué, á no dudarlo, iniciador de la nueva senda; y Calderon, llevando á la escena el carácter de Segismundo, inauguraba también el mismo género.

Hamlet y Segismundo encierran en sí ese desequilibrio entre la acción y el pensamiento, que viene á constituir en cada uno de estos personajes otro drama interior de la conciencia más grande y complicado que la representación exterior que se verifica en la escena. Ambos pertenecen al número de esos espíritus, verdaderos agitadores de sí mismos, para quienes la

vida exterior es casi indiferente; espíritus demasiado elevados, y á veces demasiado débiles, que, ora se remontan á los últimos límites del pensamiento, y llegan hasta el delirio, ora se entregan á los impulsos de la pasión en todos sus extravíos, y rayan en la locura. Soñadores ó locos, el resultado es siempre el mismo. Hamlet, fingiéndose loco para disimular mejor su terrible proyecto de venganza, ¿es más que un soñador de la vida? Segismundo, despertando en interrupciones de ventura y de desgracia, oscurecida su razón, alterados sus sentidos, entregándose, en medio de la duda, á los más ciegos instintos, ¿es más que un pobre loco? Segismundo, dejándose llevar de la impresión del momento, menospreciando toda reflexión, hasta el punto de no reconocer más justicia que la de su propio capricho, cuando dice:

Todo eso me causa enfado;
Nada me parece justo
En siendo contra mi gusto (1):

maltratando á Clotaldo; atropellando á Rosaura; dando muerte á un criado, y siendo cruel aún con el rey su padre, lleva su locura más allá que Hamlet.

Hamlet, por otra parte, no es sino un soñador, por cuya mente cruzan fantasmas lúgubres, visiones terribles y espantosas. La única diferencia está en que Segismundo sueña con la vida, y para Hamlet el sueño no empieza hasta la muerte. «Morir es dormir, dice el personaje de Shakespeare; morir es dormir, y tal vez soñar....» El héroe ha traspasado los límites del pensamiento, y se afana en vano por penetrar en el abismo sin fondo del más allá desconocido; su mente empieza á vagar por el terreno incierto de las hipótesis, y entonces al delirio del sueño sucede la ansiedad y recelo de la duda. «Morir es dormir, y tal vez soñar: hé aquí el obstáculo; considerar qué sueños podrían ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón poderosa para detenernos (2).» Hamlet se presenta aquí sobrecogido por la terrible duda que ofrece al espíritu del hombre el espectáculo de la muerte. El carácter de Hamlet se siente penetrado de ese espíritu de vacilación filosófica que viene á emponzoñar su alma con las amarguras del escepticismo.

La duda que en Segismundo produce la existencia humana no es menor que la sentida por Hamlet respecto á los arcanos insondables de la muerte. Segismundo es un tipo tan completamente excéptico, que, no acertando á explicarse el problema de la vida, llega aún más allá que Hamlet, que afirma ser sueño la vida futura; para Segismundo la misma realidad ofrece duda, cuando, llevado de su espíritu de negación, se pregunta á sí mismo si es verdad ó ilusión su propia existencia, y acaba por pensar que todo es sueño.

¿Qué es la vida? un frenesí;
¿Qué es la vida? una ilusión,
Una sombra, una ficción.
Y el mayor bien es pequeño,
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños, sueños son (3).

En estos versos se halla perfectamente expresada la indecisión y lucha de Segismundo; indecisión que abisma á su alma en un caos tenebroso de incertidumbre y de misterio.

Vemos, pues, que la duda es el oculto resorte que guía todas las acciones de los dos príncipes; pero esta duda no adopta en ambos una misma forma. La duda de Hamlet es amarga siempre, y no pocas veces satírica; penetra en el fondo de las cosas con frialdad severa, y luego se expresa con sarcástica ironía. Las burlas de Hamlet á la calavera de un letrado tienen algo de la risa de Voltaire; Shakespeare, en su Hamlet, parece presentar á los filósofos del siglo XVIII.

(1) Jornada II, escena IV.

(2) Acto III, escena IV.

(3) Jornada II, escena XVIII.

La duda en Hamlet tiene además otro carácter esencial que la distingue de la que atormenta al espíritu de Segismundo. La duda, que parte del más allá de la vida, arranca una por una todas las ilusiones de la realidad, y acaba por arrebatarse la esperanza al espíritu. El problema de la muerte acaba por envolver y confundir en sí la misma vida, que parece entonces carga insoportable; llegado este extremo es ya imposible concebir más que la muerte, y entonces de lo más profundo de la duda surge una idea desesperada, la idea del suicidio. Este es carácter propio y distintivo de la duda que se agita en Hamlet; toda ella envuelve un irresistible vértigo de muerte, un apasionado deseo de la nada. Ni es posible que deje de preocupar esa idea al espíritu de un desgraciado que considera al mundo como una inmensa cárcel llena de guardas, encierros y calabozos (1); quien así piensa debe anhelar la hora de su muerte, con ansiedad igual a la del preso que, impaciente, espera el día de su libertad. Imposible es que haya más verdad en la expresión de todos estos sentimientos que la que se halla en las siguientes frases del desgraciado príncipe: «La tierra, esa magnífica máquina, me parece yermo estéril; ese soberbio dosel de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre elevada y llena de luces, no aparece á mi vista sino como cúmulo pestífero de desagradables vapores. ¡Cuán admirable fábrica es la del hombre! ¡Cuán noble su razón! ¡Cuán varias sus facultades! ¡Cuán maravilloso y expresivo es en su forma y movimientos! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones, y en su espíritu qué semejante á Dios! Él es, sin duda, el más hermoso de la tierra, el más perfecto de todos los animales. Pues, no obstante, ¿qué pensáis que es en mi estimación ese purificado polvo? El hombre no me deleita..... ni ménos la mujer..... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobáis mi opinión» (2). Esta profunda indiferencia hacia todo lo exterior que le rodea, esta falta de sensibilidad y afecto hacia el linaje humano, truécase á veces en desprecio y aún encono; y el mismo que compara con ángeles á los hombres, más tarde reniega de ellos, cuando dice: «Si á los hombres se les tratara como merecen, ¿quién escaparía de ser azotado?» (3).

Después de discurrir así, la vida es imposible, la catástrofe necesaria. Este horrible fondo de amargura, que hace del espíritu humano un mudo espectador, ajeno al sublime aspecto de la naturaleza y á las tiernas emociones del amor y de la amistad, no puede terminar sino en la muerte. Shakespeare, lógico siempre en la exposición de sus caracteres, resuelve el trágico destino de Hamlet con la traición de Claudio y de Laertes, precisa de todo punto para que el suicidio, que de escena en escena se va haciendo inevitable, no venga á oscurecer con suceso tan misero la majestad y elevación del héroe. Hamlet muere al final de la tragedia, porque debe morir, porque tiene que morir, porque de él podría decirse lo que Goethe decía de Werther: «Tal como había sido creado no podía vivir.» Además, ya lo hemos dicho: Hamlet representa el problema de la muerte, y confundirse con él es el único medio de completarlo. Hay abismos que no pueden sondearse impunemente.

La duda en Segismundo reviste forma distinta, y nada más ajeno á ella que la idea de la muerte. Segismundo se pregunta ¿qué es la vida? Sólo trata de explicarse su situación presente, y en nada le preocupa el más allá de esta existencia. Su imaginación, lejos de ser turbada por fantasmas sombríos de ultratumba, se enajena contemplando el variado y magnífico cuadro de la realidad de la vida. La naturaleza embriagando los sentidos con torrentes de luz, de armonía, de aromas y colores; la fortuna alentando la ambición con el brillo del poder, de la riqueza y de la gloria; el amor arrojando al alma en la con-

templación de la hermosura; las pasiones haciendo hervir en el corazón el sagrado fuego de la juventud; todo esto se presenta ante la admiración de Segismundo, pero con interrupciones é intervalos que hacen nacer en él la duda de si es realidad lo que contempla ó caprichos quiméricos de su fantasía. La duda está fundada en razón suficiente, y el resultado de ella no puede ser más lógico. Todo lo que la pesadilla tiene de horrible, tienen de dulces y agradables los hermosos sueños. Venturas y dichas, bien merecen ser aprovechadas, siquiera sea en las inciertas sombras de Morfeo. Segismundo siente esto, y por eso se entrega al mágico encanto que en él producen ensueños tan felices.

Segismundo, abandonando de improviso la lobreguez de su calabozo, y despertando en medio de la pompa y fausto de la suntuosa corte polaca, experimenta lo que el tradicional marqués de Villena hubiera podido sentir al verificar su milagrosa metamorfosis. El espectáculo que el exterior de la vida ofrece á un alma tan ajena de placeres como inocente de sus desengaños y dolores, es bastante para alucinarla y seducirla. Nada más natural en el carácter de Segismundo que su debilidad é irreflexión al dejarse arrastrar de los primeros ímpetus de sus pasiones desbordadas; tal ha sido siempre la naturaleza del hombre; nada basta á detenerle en sus primeros arrebatos, no moderados sino á costas de desengaños y contrariedades. Hé aquí cómo la duda que surge un momento en la mente de Segismundo es rechazada como reflexión enojosa que viene á turbar los goces de su existencia presente.

Decidme, ¿Qué pudo ser
Esto que á mi fantasía
Sucedió, mientras dormía,
Que aquí me he llegado á ver?
Pero, sea lo que fuere,
¿Quién me mete á discurrir?
Dejar me quiero servir,
Y venga lo que viniere (4).

Seguramente que estas últimas frases más parecen propias de un sectario de Epicuro que de un príncipe cristiano; pero aparte de que, en *La vida es sueño*, Calderón olvida con frecuencia sus tradiciones ortodoxas, este sensualismo es perfectamente humano, por más grosero que parezca. Por un principio egoísta, Segismundo renuncia á la solución del problema de la vida, y se entrega inconsciente al curso fatal de su existencia. De aquí el amor á la vida que la duda produce en Segismundo, bien al contrario de Hamlet, en quien produce el deseo de la muerte.

Hé aquí presentados en escena los dos grandes problemas de la humanidad á que desde un principio hicimos referencia. Shakespeare y Calderón, según hemos visto, proponen la incógnita, pero no la resuelven; por eso sus dos obras dramáticas van envueltas en algo incierto y nebuloso que se agita en un fondo de admiración y de duda. ¿Quién soy y dónde voy? Para contestar á estas preguntas, no basta que la poesía llegue á confundirse con la más elevada tendencia filosófica, cuando ni aún la misma filosofía puede dar completa solución á estos enigmas. Pero, aparte de lo imposible que es al espíritu humano penetrar en los ocultos senos de ese más allá desconocido, si en ambos dramas, con auxilio de la filosofía, se hubiera logrado descender el velo que cubre el fondo del alma y la ley misteriosa de su destino, la sublimidad del arte quedaría destruida por completo. El fin inmediato de la literatura no está en la absoluta investigación de la verdad; las relaciones que existen y deben existir entre lo bello, lo bueno y lo verdadero, no deben llevarse hasta un límite en que pudiera confundirse la misión de la literatura con la de la moral ó de la ciencia. El arte pertenece á la esfera del sentimiento, y debe desarrollarse espontáneo y libre dentro de su propio terreno;

(1) Acto II, escena VIII.

(2) *Idem* id.

(3) *Idem* id.

(4) Jornada II, escena III.

nada sería más indigesto que una obra literaria basada en la solución de un problema matemático ó en la averiguación de una verdad especulativa. No es esto negar la posibilidad, y aún tal vez la conveniencia, de que el arte desarrolle los grandes problemas, bien de la vida social, bien de las relaciones privadas; lo que no podemos admitir es que sea de necesidad ineludible que el arte dé siempre una solución categórica y axiomática de cada uno de ellos.

El teatro no es tribuna política ni cátedra de Psicología; por tanto, si las cuestiones de esta índole no deben ser del todo rechazadas de la escena, no ha de olvidarse tampoco que la misión del poeta es principalmente conmover; pues la de enseñar es propia del orador y del maestro. Así es cómo Calderón, al exponer en su drama la terrible duda de la realidad de la existencia, no aspira más que á impresionar el ánimo del espectador con la contemplación de ese gran misterio. Descartes, por el contrario, al resolver este mismo problema, no apela al sentimiento, sino á la razón del hombre. Uno es el poeta que hiere al alma en su más delicada sensibilidad; otro el filósofo, que lleva al fondo del espíritu la convicción y certeza que adquiere el raciocinio.

Calderón y Shakespeare no han faltado á su elevada misión por haber permanecido sólo poetas, ni por eso Segismundo y Hamlet dejan de abarcar de modo ménos gigantesco esos dos grandes problemas de la dualidad de las existencias. El corazón pertenece al poeta; el asombro, el terror, la contrariedad, el deseo, el abatimiento, la duda, las pasiones todas que en el alma nacen y se desarrollan constituyen el drama; el problema de la vida agitando al corazón humano, y éste á su vez en lucha interior con sus pasiones, hé aquí lo suficiente para el arte.

No es más leve el error de los que, pensando que el drama ha de ser una enseñanza moral, ya que no filosófica, acusan á Hamlet y no perdonan á Segismundo. Ajeno á nuestro asunto es averiguar los grados de virtud y perfección que Shakespeare y Calderón quisieron conceder á cada uno de estos personajes; pero sí diremos que la moral no se ha de dar como único fin del arte. Absurdo es lo que pretenden algunas escuelas, que llevan á tal grado el rigorismo en este punto, que hacen del arte un esclavo vestido siempre con la librea de la moralidad, su dueña y señora. Encadenar el arte al servicio de la moralidad, es convertir el escenario en púlpito y en sermón la tragedia. Aun pudiera haber esto en la exposición de ciertos problemas de la vida ordinaria; pero en obras como *Hamlet* y *La vida es sueño*, fuera estrechez y miseria querer reducir las á la simple enseñanza que contiene una fábula de Samaniego.

La verdad y la moral resplandecen, sin embargo, en estas dos grandes concepciones, porque lo bello ni es ni puede ser opuesto á lo bueno y lo verdadero; pero se dan y existen, no en enseñanza aparte y separada, sino en la esencia misma de la acción y los caracteres. Cuanto la belleza es más elevada y sublime, más se identifica y confunde con la bondad y la verdad. Hamlet y Segismundo pertenecen al número de esas sublimes inspiraciones del genio que, ascendiendo hasta el final de la escala de lo bello, se acercan á Dios, principio y origen absoluto en quien nacen y se confunden la bondad, la verdad y la belleza.

De esta sublimidad y elevación se sigue la originalidad extraña que en ambas obras se advierte. No se trata del desarrollo de una acción vulgar de la vida privada; se trata del inmenso problema de toda la vida humana, problema eterno de todos los pueblos y todos los tiempos. Hé aquí cómo el drama, en su majestuosa magnitud, tiende á engrandecerse y salirse de su esfera; cómo la tragedia ensancha los límites de su acción y se convierte en epopeya; cómo el coturno de Esquilo se trueca y cambia por la lira de Homero.

No sin razón dijo Schlegel que en la tragedia de *Hamlet* hay algo de Dante y Milton. *La vida es sueño* es también á su vez, más que un drama, un poema como la *Divina Comedia*.

Calderón y Shakespeare son los dos grandes dramáticos de estos últimos siglos; Calderón y Shakespeare son además los dos grandes épicos modernos. Ellos, que salvaron en el teatro los antiguos restos de la epopeya, supieron crear una epopeya nueva. *Hamlet* y *Segismundo* inauguraron la senda que no tardaron en seguir el doctor Fausto, el Don Juan y el Adam de Espronceda; *Hamlet* y *Segismundo* continúan el drama eterno de la Humanidad, comenzado en los personajes de la *Iliada*. Shakespeare y Calderón son, pues, los fundadores de la epopeya moderna.

Ricardo Blanco Asenjo.

ITIMAD.

EPISODIO HISTÓRICO.

PRIMERA PARTE.

I.

Cuando la oriental Sevilla,
Dulcemente reclinada
En las márgenes del Bétis,
Que besa humilde sus plantas,
Cobijaba en su recinto
La ardiente, indomable raza
De los hijos del desierto
Invasores de la España;
Y embriagada en los placeres,
Cual orgullosa sultana,
De las gúzlas berberiscas
Escuchando amantes kásidas,
Que al celebrar su hermosura
Su renombre acrecentaban,
Entre perfumes y flores
Se adormecía arrullada:
En una apacible tarde,
Hermosa cual la esperanza,
Cual recuerdo melancólico,
Breve como dicha humana;
Entre alegre muchedumbre
Que luce vistosas galas,
Y en la que en extraña mezcla
Juntas se ven y hermanadas
La raza conquistadora
Y la raza conquistada,
A orillas del manso río
En el prado de la plata,
Dos mancebos yemanyes,
Que con lento paso marchan,
Envueltos en alquiciles,
Y las manos apoyadas
Sobre las empuñaduras
De sus corvas cimitarras,
Al par que rien alegres
Discuten en dulce plática.
El más joven, de ojos negros,
De faz por el sol tostada,
De cuerpo robusto y ágil
Y espesa y rizada barba,
Es *Al-Motamid*, gran príncipe,
Tan distinguido en las armas
Como docto en el consejo,
Como poeta entusiasta.
Veinticinco años apenas
Cuenta, y su nombre la fama
Ya repite en todas partes
Celebrando sus hazañas (1).

(1) *Al-Motamid*, dice un historiador árabe, era el más liberal, hospitalario, magnánimo y poderoso entre todos los príncipes de España, y su palacio era la posada de los peregrinos, el punto de reunión de los ingenios y el centro á donde se dirigían todas las esperanzas; de suerte, que á ninguna otra corte de los príncipes de aquella edad acudían tantos sabios y tantos poetas de primer orden. (*Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, por Adolfo J. de Schack, traducción de D. Juan Valera, tomo II, pág. 18, segunda edición.)

Dozy dice, hablando de dicho monarca, que «su biografía pudiera escribirse, al ménos la de su alma, con sus mismos versos, revelaciones íntimas, donde se reflejaban las alegrías y las tristezas que el sol á las nubes de cada día traían ó llevaban consigo.» Y más adelante continúa: «Fue objeto de una especie de predilección, como el más joven, como el último de los reyes poetas que reinaron en Andalucía.»

Conde, en el tomo II, pág. 49 de su interesante obra, dice: «Era de excelente ingenio para la poesía, en que compitió con su amigo Moaz-Daula, rey de Almería.»

El que desee conocer más á fondo el carácter de este célebre rey, y saborear algunas de sus sentidas y tiernas composiciones poéticas, le recomendamos el libro citado del Sr. Valera, que tan gran servicio ha hecho á las letras españolas con la esmerada traducción de tan interesante obra.

De más edad el segundo
Y recelosa mirada
Es *Inb-Ammar*, poeta ilustre,
Del príncipe en la privanza (1).

De improviso *Al-Motamid*
Fija su vista en las aguas
Del Bétis, y, en lindos versos,
Le dice a su camarada:

—«El viento trasforma el río
»En una cota de malla.»

Y antes que *Inb-Ammar* pudiese
Replicar una palabra,
Con puro y sentido acento
Dijo una voz a su espalda:

—«Como la congele el frío
Mejor cota no se halla (2).»

Vuélvese rápido el príncipe
Y vé a una infeliz esclava,
Casi niña todavía,
Trémula y avergonzada.

II.

Bella como el ensueño de un poeta,
De ojos rasgados cual la noche negros,
En cuyo fondo concentrado brilla
El fuego abrasador de los deseos;

De rojos lábios, de flexible talle,
Sencillo porte y ademán honesto
Es *Itimad* (3) que, aun niña todavía,
De esclava arrastra los pesados hierros.

Mal cubierto entre harapos miserables
Su celestial y delicado cuerpo,
Descalzo el breve pié, que ostenta ufano
Delgadas venas de color de cielo;

Y en desórden la negra cabellera,
Que, acariciando su redondo seno,
Se agita a impulso de fugaces auras
Cual leve, ténue y vaporoso velo;

Observando que el príncipe, sus frases
Al oír, la contempla sonriendo,
De vergüenza y temor sobrecogida
La vista fija sobre el duro suelo.

Tras breve pausa *Al-Motamid* pregunta
Con cariñosa voz y afable gesto:

—«¿Quién eres?» —Una pobre muletera.

—«¿Te llamas?» —*Itimad*. —«Grande es tu ingenio

Y comparable solo a tu hermosura.

¿Eres esclava?» —Si. —«¿Quién es tu dueño?

—*Romaik*. —Le conozco; prontamente,

Si así lo quieres, dejará de serlo (4):

Y en vez de esclava ser reinarás sola
Sobre mi corazón, que tu talento,
Tu discreción, tu gracia y tu hermosura
En tu esclavo, *Itimad*, me convirtieron.»

Al escuchar al príncipe, a sus plantas
La niña se arrojó, y ardientes besos
Al estampar en ellas conmovida
Lágrimas derramaba de contento.

Y al regresar a la ciudad más tarde
La pobre esclava entre los dos mancebos,
La plebe maliciosa sonreía
Con la estúpida risa del desprecio.

SEGUNDA PARTE.

I.

Pasó el tiempo, y la que un día
Nacida en innoble grey
En la esclavitud vivía,
Hoy, radiante de alegría,
Es la sultana del rey:

Que, entre dichas y contento,
Orgullosa se recrea
Al mirar en su aposento

Cuanto anhela el pensamiento,
Cuanto la ambición desea.

Mas si ayer, en su orfandad,
Humilde, triste y llorosa
Recorría la ciudad,
Hoy la sultana *Itimad*
Es altiva y caprichosa.

¡Triste condicion humana!
Cegada por el poder
Con sus riquezas se ufana,
Trasformándose en tirana
La humilde esclava de ayer! (4)

II.

Era una noche, la naciente luna
Silenciosa al cruzar por la ancha esfera
Llena de celestial melancolía
Con sus rayos de luz al mundo besa.

Al eco vago de las claras ondas,
Que sus muros y alcázares reflejan,
Sevilla, la ciudad de los placeres,
Al grato sueño bienhechor se entrega.

Ni un rumor, ni un gemido, ni un lamento,
Turban su calma y su silencio inquietan,
Sólo las auras con incierto giro
Su sueño arrullan modulando quejas.

En los jardines del antiguo alcázar,
Al fulgor de la luna amarillenta,
A intervalos cruzar se vé una sombra
Blanca, hermosa y gentil, de encantos llena.

Ya sobre el prado su ligera planta
Juguetona y fugaz imprime apenas,
O ya se oculta en el espeso bosque
Y entre sus sombras se revuelve y juega.

Su blanquísima túnica lasciva,
A su flexible talle mal sujeta,
A impulso de los céfiros suaves
Flota como la espuma en la ribera.

Mientras en luengos, vaporosos rizos,
De oro cuajados y preciadas perlas,
Cual negra catarata por sus hombros
Se desliza su hermosa cabellera.

Y al imprimir sobre el mullido césped
De su pequeño pié la leve huella,
Abren las flores sus nevados broches
Dándole amantes su preciada esencia.

En un lindo y frondoso bosquecillo,
Formado de naranjos y palmeras,
Al fin se oculta la nevada forma
Como entre nubes blanquecina estrella.

Al poco tiempo en su apartado asilo
Otra noble figura se presenta,
Que pronunciando de *Itimad* el nombre
Modula frases de cariño llenas.

Y oyes a poco de amorosa *guzla*
Sentidas notas, que el espacio pueblan,
Y una voz varonil que en dulce canto
Así su duelo y su pesar expresa:

«¿Por qué, di, sultana
De rostro de nieve,
De talle flexible
Y pecho turgente;
Por qué, desdenosa
Mi voz desatiendes?
¿Por qué no me amas?
¿Por qué no me quieres?»

«Por tí, prenda amada,
Altivo y valiente,
Al campo enemigo
Volé con mi hueste:
Quemé sus hogares,
Sus templos, sus mieses,

(1) *Al-Motamid* nació en 1040, y mandando a la edad de 12 años el ejército sevillano que sitiaba a Silves hizo conocimiento con *Inb-Ammar*, nueve años mayor que él. (Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*, tomo IV, pág. 133.)

Las relaciones amistosas entre los dos, según la expresión de un biógrafo, eran más íntimas que las de un hermano con un hermano y las de un padre con su hijo. Lo que hizo que nuestro aventurero conquistase en tan alto grado el favor del príncipe fué principalmente su talento poético.

(2) Véase la *Histoire des Musulmans d'Espagne*, de Dozy, tomo IV, pág. 159, y la obra citada de la *Poesía y arte de los árabes en España*, tomo II, pág. 19, de donde están tomados los dos últimos versos, así como también los anteriores que dicen:

El viento trasforma el río
En una cota de malla.

(3) A esta célebre sultana se conoció también con los nombres de *Otamida Saída-Cu-bra* y *Romaikia*.

(4) Histórico. He aquí el diálogo entre *Al-Motamid* é *Itimad*, según Dozy: «¿Quién eres y cuál es tu estado?—Me llamo *Itimad*, ordinariamente *Romaikia*, porque soy esclava de *Romaik*; en cuanto a mi profesión soy muletera.—Dime, ¿eres casada?—No, príncipe mío.—Tanto mejor porque voy a comprarte a tu amo y a casarme contigo.»

Este *Romaik* a que alude *Itimad* en el diálogo anterior era *Romaik ben Hagiag*.

(1) Como prueba del gran predominio que había llegado a tener sobre *Al-Motamid*, y la extravagancia de sus caprichos, véase lo que refiere el ya citado e eritor francés en su interesante obra:

«Un día del mes de Febrero, colocada en el alfeizar de una ventana del palacio de Córdoba, veía caer copos de nieve, espectáculo bastante raro en este país donde apenas hay invierno; inmediatamente empezó a llorar.—¿Qué tienes, amada mía? preguntóle su marido.—¿Que tengo? respondió ella sollozando, lo que tengo es que eres un bárbaro, un tirano, un monstruo. Mira qué bonita es la nieve, qué bella, qué magnífica la vista de esos copos que se agarran a las ramas de los árboles; y tú, ingrato, no piensas en procurarme ese soberbio espectáculo; jamás has tenido la idea de conducirme a un país en donde caiga siempre la nieve.—No te desesperes por eso, vida mía, mi bien, le respondió el príncipe enjugando las lágrimas que surcaban sus mejillas; tendrás nieve todos los inviernos y aquí mismo yo te respondo de ello.»

Y dió orden de plantar almendros en toda la sierra de Córdoba a fin de que las blancas flores de estos árboles, que florecen en cuanto terminan las heladas, reemplazasen para *Romaik* los copos de nieve que tanto le había admirado.



ROSALES

Y dando á sus hijos
Cadenas ó muerte,
Te traje tesoros,
Esclavos, laureles,
Que en rica diadema
Ciñeron tu frente.
Si ufano he luchado
Por tí tantas veces,
¿Por qué no me amas?
¿Por qué no me quieres?»

«Por tí he desdenado
Los dulces deleites,
Las tiernas caricias
De hermosas mujeres;
Tus raros antojos
Se truecan en leyes,
Que acato sumiso
Y cumplo obediente (1).
¿Por qué, pues, ingrata,
Mi voz desatiendes?
¿Por qué no me amas?
¿Por qué no me quieres?»

«¡Oh! calma piadosa
Mi afán inclemente,
Y trueca en caricias
Tus fieros desdenes.
Amor, dicha, honores,
Riquezas, placeres,
Cuanto codiciosa
Tu ambición anhele,
Te ofrezco amoroso
Si al cabo, clemente.
Cual yo, tú me amas,
Cual yo, tú me quieres.»

Enmudece al fin la *guzla*
Y de sus notas el eco
Se va alejando, alejando
En alas del raudal viento.
Vuelve á renacer la calma,
Y á reinar vuelve el silencio,
En el jardín espacioso
De los alcázares regios.
Que al fin la altiva sultana
Cedió benigna á sus ruegos
Y con ardientes caricias
Premió su amoroso afecto.
En aquel espeso bosque,
De la sombra en el misterio,
Las horas ven deslizarse
Como rápidos momentos;
Y á los gozos entregados
Ni ven de su dicha el término,
Ni oyen las sentidas quejas
Que alza por doquier su pueblo (2).

TERCERA PARTE.

I.

La ciudad de los placeres,
La reina de Andalucía,
La hermosa entre las hermosas,
La encantadora Sevilla;
La que ayer entre venturas
Libre y dichosa vivía,
Por ajenos respetada
Y por sus hijos querida;
Hoy derrama acerbo llanto
Y tristemente suspira,
Por sus perdidos placeres,
Por su libertad perdida:
Que fieros *Almoravides*,
Fingiéndole intención amiga,
De la que ayer era reina
Han hecho pobre cautiva.
Al-Motamid, esforzado,
Después de exponer su vida
En mil sangrientos combates
Contra la hueste enemiga,
Vencido al fin, prisionero

Con *Itimad* y sus hijas,
La cadena del cautivo
Arrastra en su patria misma.
Y con él su pobre pueblo
Llora y con dolor suspira
Por sus perdidos placeres,
Por su libertad perdida.

II.

De Sevilla en el recinto
No se oye un eco siquiera,
Las casas todas cerradas,
Las calles todas desiertas.
A orillas del manso río,
Y en la dilatada vega,
La multitud apiñada
Bulle sin cesar inquieta.
En las facciones de todos
Hondo pesar se refleja,
Y hacia la ciudad la vista
Tornan y ansiosos esperan.
Mientras en las claras ondas
Del Bétis se balancea
Gallarda y ligera nave,
De blancas rizadas velas.
De improviso aquel confuso,
Incesante rumor cesa,
Y toda la muchedumbre
Muda permanece y quieta.
Y atravesando las masas,
Que á verla pasar se acercan,
Silenciosa comitiva
Hacia la nave va recta.
Entre esforzados guerreros
Y cargado de cadenas
Al-Motamid marcha altivo
Con varonil entereza.

Y al ver en todos los rostros
Brillar lágrimas acerbadas,
Abrumado por la angustia
Que le causa tal escena,
Inclinando sobre el pecho
Su altiva y noble cabeza,
Y olvidando su desgracia
Ante la desgracia ajena,
—«¡Pobre pueblo!» dice al cabo,
Al-Motamid con tristeza,
«¿De hoy más llorarás tu suerte
Al compás de tus cadenas!
¡Pueblo mío, pueblo amado,
Quién pudiera, quién pudiera,
Darte la dicha perdida,
Y la libertad con ella!

Por acometer tan solo
Tan santa y heroica empresa,
Diera de mi triste vida
Todo el tiempo que me resta.»

Al lado del noble rey,
Silenciosa y macilenta
Marcha *Itimad* con sus hijos,
Que cariñosos la cercan.

En su divino semblante
Se ven marcadas las huellas
De profundos sufrimientos
Y privaciones inmensas;
Abrasados por el llanto
Rojos sus párpados muestra,
Rasgadas sus vestiduras,
Desordenadas sus trenzas.

Cual la palma del desierto,
Que altiva se balancea,
Melancólica camina
Arrastrando sus cadenas.....

Al fin á la extensa orilla
El triste cortejo llega,
Y los miseros cautivos
En el recinto penetran
De la nave, que gallarda
Su blanco lino despliega
Mientras el viento se agita
Hinchando sus largas velas.

Noble, gallarda figura
Se mira sobre cubierta,
Es *Itimad* que á su patria
Contempla por vez postrera.
Y al par que el pueblo murmura
Y los espacios atruena
Con suspiros y lamentos,
Con maldiciones y quejas,

(1) En una poesía acróstica que envió *Al-Motamid* á *Itimad*, hallándose el primero ausente de Sevilla, le dice, entre otras cosas:

«Incapaz de sufrir el freno cuando otras mujeres quieren imponérmelo, me someto dócilmente á tus más insignificantes caprichos.»

(2) Grande era el descontento del pueblo, que acusaba á *Itimad* de haber arrastrado á su esposo á un torbellino de placeres y de ser la causa principal de la decadencia del culto.

Así la antigua sultana,
Así la cautiva reina
Dice con turbado acento,
Mientras la nave se aleja:
—«Sevilla, patria querida,
Hoy, para siempre al dejarte,
Quisiera afanosa darte
Mi postrera despedida;
Pero imposible, la vida
Aun me maltrata inclemente
Y mientras mi pecho aliente
Entusiasta de tu gloria,
Siempre tu eterna memoria
Irà grabada en mi mente.

«Si ayer grande y poderosa
Entregada á los placeres,
Quizá olvidé mis deberes
Siendo altiva y orgullosa,
De hoy más, como buena esposa,
De tu rey en la prision
Mitigaré su alliccion
Y consolaré sus penas,
Mientras sufro entre cadenas
La merecida expiacion.»

«Aunque con villano intento
Me aprisionen inhumanos
Jamás podrán los tiranos
Enfrenar mi pensamiento.
Sevilla, á cada momento
El hasta tí volará,
Tus calles recorrerá,
Visitará tus vergeles,
Y á tus hijos, siempre fieles,
De su monarca hablará.»

En tanto la nave
Gallarda y velera
Bogando ligera
Camina veloz.
Y en alas del viento
Cual débil gemido,
Cual eco perdido
Se extingue su voz (1).

EPÍLOGO.

I.

En la prision sepultada
Y en la miseria sumida,
Halló término á su vida
Itimad la desgraciada.

La promesa que al partir
A su pueblo hizo cumplió,
Pues su recuerdo guardó
En su pecho hasta morir.

Y de su rey el quebranto
Al mitigar cariñosa,
Como súbdita y esposa
Enjugó su acerbo llanto.

Su nombre, que escarnecido
Fue cuando reina altanera,
Al sucumbir prisionera
Por todos fue bendecido.

II.

Tus infortunios, tu gloria,
Toda tu vida, *Itimad*,
Impresa está en mi memoria,
Porque es tu historia la historia
De toda la humanidad.

Los humanos corazones
Ven como tú, con los años,
Sus primeras ilusiones,

Trocadas en ambiciones,
Convertirse en desengaños.
Si en la esclavitud criada
Hasta el sólio te elevaste,
Y al contemplarte ensalzada,
Si antes fuiste despreciada
Luego á tu vez despreciaste,
Es porque con el talento
Y la virtud en su abono,
Se puede, con noble aliento,
Subir y tomar asiento
Sobre las gradas de un trono.
En tu historia de dolor
Bien claro se deja ver
Como en el mundo traidor
Con su mentido esplendor,
Ciega á veces el poder.

Si más tarde en las prisiones
Sucumbiste pobre y sola,
Sin ambicion, ni ilusiones,
Es porque á los corazones
El infortunio acrisola.

Yo, que en tu pena he sufrido
Y en tu ventura he gozado,
Orgulloso he pretendido
Arrebatár del olvido
Tu recuerdo venerado.

Pues tu infortunio, tu gloria,
Toda tu vida, *Itimad*,
Será de eterna memoria.
Porque es tu historia, la historia
De toda la humanidad.

José Sanchez-Arjona.

LA CANCION DE LA CAMPANA.

(SCHILLER.)

Vivos voco. Mortuos plango,
Fulgura frango.

Aún permanece fijo en la tierra el molde arcilloso del cual nos hemos de servir. Vamos, compañeros, empecemos; hoy la campana debe quedar concluida..... ¡ánimo! que el hirviente sudor caiga de nuestra frente..... la obra debe alabar á su maestro, mas es preciso que la bendicion venga de lo alto.

No olvideis que á la seria empresa de que ahora nos ocupamos debemos mezclar graves y profundas frases, pues probado está que el trabajo acompañado de dulces reflexiones se hace más ligero. Consideremos que nuestro débil poder va á dar por resultado una obra gigantesca, y al hacerlo así, nos distinguiremos de aquellos hombres que jamás meditan lo que hacen, como si el entendimiento no se les hubiera dado para que con él estimen más el trabajo de sus manos.

Tomad troncos de pino, escoged los más secos para que la llama se precipite prontamente en el conducto; mas para tener una hábil y segura mezcla, tened cuidado de arrojar el blando estaño sobre el resistente cobre cuando éste empiece á enrojecer.

En lo más alto de la elevada torre, la hermosa campana que vamos formando en el seno de la tierra atestiguará nuestro trabajo; durante luengos siglos su armoniosa voz se dejará escuchar, y no escasas veces hará palpar el corazón de los mortales al unirse compasiva y solícita con las lágrimas del desgraciado y las plegarias del justo. Todas las vicisitudes que la inconstante suerte arroje entre los hijos de la tierra, subirán á esta corona de metal y la harán vibrar á lo lejos.

Mas ¡ah! ya veo saltar blancas espumas. ¡Bien! la masa está en fusion, dejémosla penetrarse de esa cenicienta sal para acelerar su fluidez. Que la voz de su metal sea limpia y sonora.....

¡Oh! la campana saluda con solemne acento al bien amado niño á su primer entrada en la vida, cuando éste viene envuelto todavía entre las sombras de su primer letargo. El tupido velo del tiempo oculta aún para su destino las horas, bien alegres ó sombrías, que le aguardan, y la mañana dorada de

(1) Refiriendo esta escena, dicen los historiadores:

«Vencidos despues de una valiente resistencia, los principes fueron conducidos hácia el harem. La muchedumbre llenaba las orillas del río; las mujeres estaban sin sus velos y se des- trozaban la cara con dolor. En el momento de la despedida, ¡qué de gritos! ¡qué de lágrimas! ¿Qué nos queda ahora? Parte de aquí, ¡oh extranjero! reúne tus equipajes y haz tus provisiones, porque el lugar de la generosidad está ahora desierto. Y tú que tenias la intencion de establecerte en este valle, sabe que la familia que tu buscabas no existe, y que la sequedad ha destruido nuestra cosecha. Y tú, caballero del soberbio cortejo, deja tus armas que no te servirán para nada, porque el leon ha abierto ya sus fauces para devorarte.»

su existencia resplandece más en su niñez por los tiernos cuidados de su madre..... Pero los años pasan rápidos como una flecha..... El hogar paterno llega á ser para él una cosa desconocida cuando, provisto de su baston de viaje, se lanza impetuoso en la carrera de la vida..... De repente una preciosa joven, llena de los más bellos atractivos, en el colmo de su esplendor, se presenta ante su vista; su mirada púdica y virginal llega á enloquecerle, y mil veces compara esta vision celeste á una tierna imagen del divino cielo; luego un vago deseo, un deseo sin nombre se apodera de su ferviente corazon, esquivando las reuniones tumultuosas de sus compañeros y sólo le agrada vagar por la soledad de las selvas; con suspirado anhelo sigue pudoroso tambien las huellas de su aparicion, y una sola de sus sonrisas llega á constituir su felicidad; busca las flores de los valles para adornar con ellas las trenzas de su amada, y á veces es sorprendido con las mejillas húmedas por el furtivo paso de algunas lágrimas..... ¡Oh tierno deseo! ¡Dulce esperanza! Los ojos se extasían al contemplar el cielo de la felicidad! El corazon náda en el placer más puro. ¡Por qué pasarán tan acelerados los bellos dias del primer amor!

Los tubos empiezan á bruñirse; introduzcamos esta pequeña baqueta; si la vemos vitrificarse ya será tiempo de colar el metal: entre tanto, compañeros, ¡alerta! examinad la mezcla, y considerad que para hacerla perfecta, el ténue y débil metal debe unirse al más fuerte y consistente.....

Pues de la union de la dulzura con la fuerza, y de la ternura con la severidad resulta la armonía; por esta razon los que se enlazan para siempre deben asegurarse si sus corazones mutuamente se corresponden. ¡Corta es la ilusion, largo el arrepentimiento! La corona virginal yace sujeta primorosamente á los cabellos de la prometida cuando las campanas de la iglesia invitan con su alegre sonido á la fiesta nupcial. ¡Momento supremo! la solemnidad más grande de la vida señala en el tiempo el deseado término de su primavera. La grata ilusion desaparece con el velo y el ceñidor de la desposada: ¡ojalá pudiera permanecer el amor! La flor se marchita, ¡pueda el fruto llegar á su madurez! Si, es preciso, es preciso que el hombre no se desaliente en el sendero de su vida; es necesario que él combata, cree, active, y, subyugando el destino con potente esfuerzo, consiga á toda costa la felicidad.

Entre tanto, los bienes afluyen á su alrededor, sus almacenes se hallan repletos de preciosos dones, sus terrenos se agrandan, su casa se enriquece, y en medio de todo esto, como emblema de la santa virtud, vemos á la mujer sabia y económica, esposa de su corazon y madre de sus hijos. Ella gobierna con sumo acierto aquel hogar misterioso, dá lecciones á sus pequeñuelos, y reprime á su debido tiempo al más travieso de ellos; sus manos, siempre en actividad, llenan de ricos objetos las arcas que se le confián; hacen tornar el hilo al rededor del huso, y en armarios cuidadosamente limpios guardan la tejida lana y el blanco lino como el ampo de la nieve.

El autor de la familia, el laborioso padre, desde lo alto de su morada, donde la vista encuentra ancho campo donde dilatarse, contempla con sus ojos llenos de alegría sus propiedades florecientes; y al ver sus granjas tan copiosas, sus graneros cargados con el peso de sus riquezas, y sus mieses, parecidas á las movibles ondas de un vasto océano, exclama enorgueido y orgulloso, sin cesar: «El esplendor de mi casa, firme como los fundamentos de la tierra, arrostra el poder de la desgracia.» Mas ¡ay! ¡con los rigores del destino no se ha hecho ningún pacto eterno, y el dolor, sin ser esperado, llega con paso rápido á donde menos se piensa!....

¡Bien! ¡bien! ya podemos dar comienzo á la liquidacion del metal; mas antes de dejar salir las chispas inflamadas á través de las aberturas, repetid conmigo una piadosa plegaria. Abrid, abrid ya los conductos. Mirad ese torrente de fuego que ruge

ardoroso en ese recinto de arcilla. ¡Que Dios guarde el edificio!

Grandioso es el poder del fuego cuando el hombre lo dirige y domina, pues cuanto crea y hace lo debe á esta fuerza celeste; pero terrible es esta misma fuerza cuando se escapa de sus manos, y rompiendo sus cadenas se considera libre hija de la naturaleza. ¡Oh dolor! privado este potente elemento de todo obstáculo, se esparce á lo largo de las populosas calles produciendo un horrible incendio; del seno de las nubes desciende la lluvia que es una bendicion y de aquí tambien cae precipitado el flamígero rayo. ¿No oís en lo alto de la elevada torre gemir la tempestad? El cielo está rojo como la sangre, y el color de púrpura que su horizonte presenta no es seguramente el precursor del día. ¡Qué tumulto en las calles! ¡Qué vapor en los aires! La columna de fuego rueda centelleando de distancia en distancia, movida por la rapidez de los vientos. La atmósfera exhala el calor sofocante de la boca de un horno; los techos se precipitan unos sobre otros, las ventanas estallan, los niños lloran, las mujeres corren suelto el cabello con el corazon transido de angustia, y los animales mugen lastimados debajo de los escombros. Por último, el rudo aquillon viene apoderándose de la chisporreante llama que conduce á las praderas para devastar allí la seca mies del labrador.

El hombre, privado entonces de esperanza, cede al poder de Dios y mira lleno de horror la obra de sus manos completamente destrozada, sus riquezas han desaparecido y sólo la angustia llega á tener asiento en los desiertos huecos de sus ventanas, en tanto que las nubes aún no ahuyentadas del cielo sirven de techo á los escombros de su hogar..... pero no desfallece, un nuevo vigor mata este desaliento, y otra vez valeroso toma su baston de viaje y continúa su comenzado camino; arroja una última mirada sobre aquellas ruinas y encuentra en ello un justo motivo de alegría, cuenta las cabezas que le son queridas, las personas que forman su reducida familia, y ¡oh placer inexplicable! no hecha de ménos una.

El molde está completamente lleno, la tierra recibió el metal: ahora bien, ¿la obra que hemos emprendido saldrá tan perfecta que manifieste nuestro arte y recompense nuestro trabajo?..... ¡Si por desgracia la mezcla se hubiere deshecho! ¡Si la arcilla se hubiere roto!.... ¡ah! mientras esperamos con ansia ver cumplido nuestro deseo, ¡quién sabe si el mal está ya hecho! Nosotros hemos confiado sus materiales á las entrañas de la tierra, del mismo modo que el labrador le entrega sus semillas para que en ella germinen..... ¡Tambien guardamos en el seno de una tumba semillas aún más preciosas que éstas, persuadidos de que al levantarse de ese lugar, gozarán de una vida mejor!

¿No oís? Ya resuenan en la torre de la iglesia los lúgubres sonidos de una campana, triste mensajera que acompaña al canto de los sepulcros y que anuncia el tránsito del viajero que marcha á su último asilo. ¡Ay! es el cadáver de una esposa querida, de una madre fiel que el demonio de las tinieblas arrancára de los brazos de su esposo y de los tiernos infantes que ella crió con tanto esmero y alimentó con tanto amor. ¡Ella habitaba un lugar lleno de felicidad, y ahora extranjera, se precipita en el antro de las sombras!

Mas en tanto que este metal llega á enfriarse, reposemos de nuestro rudo trabajo, y que cada cual se regocije como el pajarillo bajo las hojas de los árboles. Cuando la luz de las estrellas comienza á brillar, el hábil obrero, libre de todo cuidado, debe oír sonar la hora de su descanso. El maestro pocas veces halla término á sus tareas.....

A través de la selva umbrosa se divisa al viajero que, con acelerado paso, se encamina á su morada; las balantes ovejas, los bueyes de prolongada asta y las terneras de luciente piel marchan mugiendo hácia sus establos; pequeños carros pasan de un lado para otro cargados de copioso trigo; sobre la verde

verba reposan cien guirnaldas de colores diversos y mil jóvenes segadores corren á la danza. En las calles y plazas reina el mayor silencio; la puerta de la villa gira segura sobre sus goznes y sus pacíficos habitantes charlan reunidos al redor del fuego. Un negro manto empieza á cubrir la bóveda del cielo, indicando la proximidad de la noche; mas ésta, que con equidad suma tiene despierto al malvado, no asusta, sino consuela al honrado labrador. ¡El ojo de la justicia vela constantemente sobre los mortales!

¡Orden santo! ¡bendito hijo del alto cielo! Tú eres quien permites estas dulces y agradables reuniones, tú quien estableces los fundamentos de las ciudades, haces cultivar estos bosques, llenos hoy de verdura y esplendor, en otro tiempo tan solitarios, y penetrando en la morada de los hombres les das suaves costumbres y el dón más precioso de los dónes, el amor de la patria.

Mil manos activas, obrando de comun acuerdo, trabajan de consuno en nuestra empresa. El maestro y los oficiales prosiguen su tarea bajo la santa protección de la libertad, y cada cual se regocija del puesto que en ella ocupa. El trabajo es el honor del ciudadano, y la prosperidad su recompensa. Si el rey se enorgullece por su dignidad, nosotros también nos vanagloriaremos con nuestra obra.

¡Dulce paz! ¡Dichosa union! quedad, quedad para siempre en esta villa. ¡Que jamás llegue el día en que hordas crueles, atravesando estos valles, siembren el espanto y la ruina por do quiera! ¡Que nunca este hermoso cielo, donde se colora la riante púrpura de la tarde, refleje los resplandores siniestros de la incendiaria tea!

¡Compañeros! romped desde luego esa envoltura de arcilla, puesto que ya ha cumplido su destino. Que los ojos y el corazón se extasíen ante el aspecto de nuestra obra felizmente concluida. Golpead, golpead con el martillo hasta que estalle el molde que la contiene....

El maestro sabe hacer esta operación con mano prudente y á su debido tiempo; pero ¡oh dolor! cuando el bronce enrojecido por el fuego hace saltar intempestivamente su envoltura, en torrentes de llama se extiende por todas partes con un ruido parecido al que produce la tempestad. Allí donde imperan las fuerzas ininteligentes y brutales, la obra pura no puede llevarse á efecto. Cuando los pueblos se entregan al libertinaje, el bienestar no puede subsistir.

¡Maldición! la chispa ha tomado incremento en medio de la populosa ciudad; la multitud, rompiendo sus cadenas, busca para ella misma un terrible socorro; los brazos agitados de la revolución, suspendidos á las cuerdas de la campana, la hacen gemir en el aire, y cambian en instrumento de guerra lo que es un nuncio de paz.

¡Libertad! ¡Igualdad! hé aquí las palabras que se dejan oír. El campesino coge sus armas, la muchedumbre inunda las calles de la villa, miles asesinos vagan sin concierto, las mujeres se convierten en hienas, y haciendo un juego del terror, destrozán á bocados con sus dientes de pantera el corazón palpitante del enemigo. Nada hay ya sagrado: el bueno cede su plaza al perverso, y los vicios progresan rápidamente. Peligroso es el despertar del león, encarnizado el agudo diente del hambriento tigre, pero nada hay más terrible que el hombre en su delirio. ¡Desdichados de aquellos que proporcionan á las turbas enfurecidas las antorchas y la luz del cielo, que éstas en sus manos con facilidad se convierten en medios de destrucción y asolamiento!

Dios ha bendecido nuestro trabajo. Mirad cómo de esta arcilla se desprende el metal, más reluciente que una estrella de oro. ¡Venid! ¡venid, compañeros! formemos un círculo al redor de la campana para darle un nombre. Sea éste el de *Concordia*, para que siempre reúna á los hombres por motivos de

paz y de afección.... Elevada por cima de la vida terrestre, ella habitará bajo la celeste esfera, balanceándose cerca de la tempestad y de los astros. Su voz será tan suprema como supremo es el curso de los planetas que regulan las estaciones del año.

¡Que el tiempo la imprima también sus huellas en su vuelo rápido! ¡Que sin compasión alguna, ella preste su voz al destino, anunciando todas las vicisitudes de nuestra existencia! ¡Que ella, en fin, nos repita una vez más que nada permanece estable en la vida, y que ésta, lo mismo que todo lo terrestre, desaparece como su eco.

Entretanto, tomad los cables para elevarla desde luego á la región misteriosa del sonido, á ese imperio poderoso de los aires. ¡Tirad, tirad hacia arriba! ¡ya empieza á oscilar! ¡adelante!...

.....
.....
.....

¡Que sus primeros acentos sean de paz y regocijo!

J. Martos J.

EL VESTIDO.

Cuando Vénus, saliendo del seno de las ondas, se encontró desnuda en presencia de los inmortales, el pudor la cubrió con un manto de rosas que, velando sus encantos, hizo irresistible su hermosura.

De esta manera el pudor inventó el vestido.

Todos los seres tienen algo que, separándolos y ocultándolos de los demás, manifiesta, sin embargo, su propia naturaleza.

Cuando la piedra llega á aparecer individuo en el cristal, su tersa superficie la defiende contra las influencias exteriores, su forma geométrica declara su estructura interna, y en la pureza de sus líneas, que muestran su íntima composición, brillan los primeros albores de lo bello.

Mas si la piedra tiene sus cristales, el árbol su corteza, el animal sus conchas, sus escamas, sus plumas y sus pieles, tan sólo el hombre tiene un vestido; tan sólo él, que es dueño de sí mismo, porque es el único que conoce su papel en el mundo, puede decir á la naturaleza: «De esta manera quiero comunicar contigo;» puede decirle á los otros hombres: «Hasta aquí te permito ver, desde aquí sólo te tolero adivinar.»

El individuo tiene una cubierta, la persona tiene un vestido.

¿Quien ha dicho que el hombre nació desnudo? Con el hombre nació el pudor, ese vestido humano que hace cerrar los ojos más audaces. Contra la inclemencia de los elementos y los atrevimientos de la vista sabe preparar las pieles y tejer la salúfiera lana, el moreno lino, el leve algodón y los delgados hilos del capillo, brillantes como el metal. Contra las audacias del deseo tiene ese sentido superior que no le permite entender, y por consiguiente, aparta de sí todo pensamiento que no sea recto y honrado.

Con razón se ha hecho de la púrpura el distintivo de los reyes. Sólo el rey de la creación tiene pudor; sólo el rey de la creación tiene un vestido.

El varón se viste de su fuerza, la mujer de su hermosura.

Aquél contra el hierro forja el hierro, á las seducciones de la astucia opone la serenidad de la razón.

Ésta desarma la fuerza con la gracia; contra los sofismas del desorden tiene el sentimiento delicado de lo bello.

¡Cuántas veces el que á través de la coraza está acostumbrado á encontrar el corazón de su enemigo, detiene hasta su pensamiento ante la ligera falda de una mujer!

¡Ay, él comprende demasiado que donde la fuerza manda, si la hembra queda, la mujer se vá!

El pudor es el verdadero vestido humano: las palabras y las telas no son sino el vestido del vestido.

Son el pudor materializado para los que no ven sino con los ojos de la cara;

Son la gasa con que el artista tiene que encubrir la desnudez de las estatuas para los que no son artistas;

Son la señal de lo que al hombre le falta para ser hombre.

Si el hombre hubiera llegado á descifrar la mágica palabra á que obedecen las que hoy todavía llama nuestra ignorancia fuerzas secretas de la naturaleza, si pudiéramos disponer de la luz y del calor no necesitaríamos de pieles ni de telas.

Si todos los hombres fueran hombres, esto es, si pensaran racionalmente, si amarán con amor humano y no esclavizarán su noble naturaleza á sus instintos de animal, ¿quién sino el que no tiene pudor parecería desnudo?

Entre la joven que sorprendida al salir del baño se cubre el rostro con las manos y la cortesana que pone de relieve sus formas y finge las que no tiene, ¿cuál de las dos está vestida?

Lo que vulgarmente llamamos vestido es el velo que pone el pudor delante de los hombres que no son hombres todavía.

Es un velo que no encubre sino para los que no saben ver. ¡Silencio! que voy á revelaros el secreto del vestido.

El vestido nos manifiesta más que nuestro propio cuerpo.

Tenemos el cuerpo que nos dió la naturaleza: el vestido es el cuerpo que nosotros nos hemos fabricado.

En él, querámoslo ó nó, ponemos todo lo que somos.

El hombre se viste según lo que quiere parecer.

Pero el hombre siempre quiere parecer lo mejor.

Luego el hombre manifiesta en su vestido lo que por mejor entiende.

Luego el vestido revela lo que el hombre ha alcanzado de lo que el hombre es.

Luego cuanto más hombres seamos nos vestiremos mejor.

Sed hombres, esto es, sed buenos si queréis vestiros bien.

Éste es todo el secreto del vestido.

El que conserva el pudor nunca está desnudo.

El niño se viste con su inocencia.

El anciano con el respeto que inspira.

Cuando la joven desposada deja caer en la alcoba nupcial su blanca túnica, el amor legítimo, único que es verdadero amor y no deseo, la rodea con un velo de pureza, que hace de ella un templo en que se puede adorar, pero que no puede profanarse.

Entonces el pudor que ha llegado á realizar el ideal del vestido, uniendo el mayor respeto á la comunicación más íntima, defiende á la persona superior que con aquellas dos personas se ha formado, levantando á su alrededor los espesos muros de la casa.

Federico de Castro.

CRÓNICA EXTRANJERA.

Hasta tal punto va haciéndose rara y singular la manía de algunos pensadores, al pretender deducir de la parte más superficial de las cosas su propia virtud y esencia, que no ha dudado afirmar el notable publicista Loredan Larchey, en uno de sus últimos trabajos literarios, que los mismos nombres y apellidos, si se les estudia y analiza con detenimiento, bastarían para determinar las condiciones de temperamento y espíritu de las personas á quienes se aplican. Para la comprobación de su aserto se vale el distinguido redactor de *La Illustration française* de nombres auténticos, por todos reconocidos, entre los que figuran los de Dupanloup, Veuillot y otros varios; siendo de notar, cuando se refiere á Víctor-Hugo, la perspicacia

con que sabe mostrar el carácter de este gran hombre, mediante el siguiente estudio etimológico:

«*Victor*, —dice,—es nombre latino, muy sabida de todos su significación, para que aquí nos detengamos á manifestarla. *Hugo*, procede del antiguo Hugues, nombre germánico que empezó á escribirse de aquel otro modo desde el siglo VIII, y siempre quiso decir espíritu, inteligencia. Reunidas, pues, ambas voces, Víctor-Hugo es sinónimo de *victorioso espíritu*, ó lo que es igual, *inteligencia poderosa*.»

..

Los centros literarios y artísticos de París no dejan de ocuparse con plausible actividad de todo aquello que en el próximo año de 1878 habrá de contribuir al realce y prestigio de su Exposición universal. El Comité que debe entender en la admisión de instrumentos de música y ediciones musicales, se ha constituido definitivamente bajo la acertada presidencia del inspirado autor de la partitura de *Hamlet*, Mr. Ambroise Thomas.

En ella también tomará una gran parte el célebre Strauss, que tantos plácemes alcanzó en la de 1867 al frente de sus 60 músicos vieneses, y que ya se encuentra en París, con objeto, según se dice, de dirigir la orquesta de la Academia Nacional, acompañado de 120 profesores notables, hábilmente escogidos por M. Olivier Metra. Grande es ya la fama de que goza Strauss, cuyos menores walses y sus simples polkas son pequeñas sinfonías, en donde se conciertan hábilmente todos los instrumentos. Autor, según sus apasionados, de la música cincelada por el buril de un Benvenuto Cellini musical.

..

En cuanto á teatros no deja de llamar la atención el resúmen de los trabajos verificados en la Real ópera de Berlín desde el 1.º de Setiembre al 31 de Diciembre del próximo pasado año. Alemania, en esto como en todo, quiere darnos una prueba de su incansable amor al trabajo, de su influyente protección en el campo del arte, y de que no en balde se la vé marchar al frente de las demás naciones de Europa. En el solo espacio de cuatro meses se han puesto en escena en el referido Coliseo, 38 obras de 22 compositores diferentes: tales son: Gluck, Mozart, Beethoven, Weber, Meyerbeer, Wagner, Zpohrer, Rubinstein, Taubert, Nicolai, Brüll, Krestchmer, Goetz, Cherubini, Mihul, Auber, Haboy, Gounod, Thomas, Rossini, Donizetti y Verdi.

Las novedades del día respecto al arte lírico en Berlín, puede decirse que son: *Die Folkunger*, ópera en cinco actos de Krestchmer; hallándose ya en estudio *Genoveva*, de Schumann, y *El Rey lo ha dicho*, de Leo Delibes.

También Italia, aunque demasiado soñolienta sobre sus propios laureles, no por esto deja de prestar algún concurso al movimiento musical del arte lírico en Europa. Testigos en esta, que llamar podríamos escasa actividad, pueden ser las tres partituras nuevas que muy pronto se dejarán escuchar en sus principales teatros. Tales son: *Ara*, de Navarra; *Metelda*, de Scontino, y la *Figlia del Diavolo*, de Arienzo.

La Nilsson ha obtenido un brillantísimo éxito en el Teatro imperial de Viena, ejecutando la parte de Ophelia en la ópera *Hamlet*. Como detalle curiosísimo, añadiremos, que esta célebre artista cantaba su papel de Ophelia en idioma francés, y todos los demás artistas en alemán.

Ya está contratado el tenor español Marin para cantar en el Teatro Kroll de Berlín, en unión de Mlle. d'Angeri, desde el día 26 de Febrero próximo.

Verdi ha contribuido con 500 francos á la construcción del gran monumento que para perpetuar la memoria del inspirado Beethoven se vá á levantar en Viena.

Compartiendo el inmenso éxito que la Albani ha obtenido en el Teatro Italiano de París con la ópera *Lucia*, se halla también nuestra querida compatriota la señorita Elena Sanz, que cada noche, en el tercer acto de *Roméo*, es aplaudida con indescriptible entusiasmo. Es esta artista tan delicada en sus maneras, tan original en la interpretación dramática de los papeles que se la confían, tan elegante y distinguida, que los mismos parisienses no han titubeado en llamarla la *Perla de su alta sociedad*. ¡Lástima grande que el público madrileño, tan entusiasta de los verdaderos artistas de corazón y de sentimiento, no haya hecho cuantos sacrificios hubieran sido necesarios para admirar en su Real coliseo, á la que es hoy la reina del Teatro Italiano!

El último cuadro de Alfredo Stevens, titulado el *Invierno*, es de una envidiable originalidad, y de un mérito indisputable. El asunto lo constituye una hermosa mujer, que junto á un espejo está acabando de prenderse en su tocado la última flor con que quiere engalanarse. Su vestido, bastante escotado, permite contemplar la morbidez y blancura de su seno, dejando á la adivinación los voluptuosos misterios de su belleza. Cuando este precioso cuadro fué presentado á Leopoldo II, rey de los belgas, este le saludó con estas palabras acompañadas de una insinuante sonrisa: «Hé aquí un invierno que por lo menos no dá frío.»

NECROLOGÍA.—En la última semana del pasado Diciembre, murió en Londres, á la edad de 83 años, el célebre músico J. F. Anderson, que tanto disfrutó de la protección de Jorge IV, Guillermo IV, y en la actualidad era tan estimado de la reina Victoria.

También han dejado de existir la condesa de Sparre, compañera y amiga íntima de la Malibran, y Enrique Monnier, uno de los tipos más curiosos y populares del París-artista. Enrique Monnier había sido empleado, curial, pintor, dibujante, litógrafo, cómico, autor dramático y filósofo observador. En la actualidad gozaba de un gran prestigio entre todas las personas que le conocían, por la vis cómica de su conversación y la eterna hilaridad que despertaba lo expansivo de su carácter. Su mejor obra literaria es, sin duda, la que lleva el título de *Escenas populares dibujadas á la pluma*. El publicista Rertall le llama el verdadero representante de nuestra época incrédula, barlona, escéptica é inconsciente.

Entre las personas más importantes que murieron durante todo el pasado año de 1876, recordamos á

John Forster, historiador.

La condesa d'Agoult (Daniel Stern), autor de numerosas novelas.

Luisa Colet.

Gustavo Nieritz, novelista alemán.

Balarde, químico, miembro de la Academia de Ciencias.

Fraube, fisiologista alemán.

J. P. Heya, uno de los poetas mas populares de Holanda.

Fernando Feiligrat, poeta alemán.

Enrique Kingrley, moralista inglés.

Müller, poeta dramático danés.

Bidout, director del *Morning-Post*.

BIBLIOGRAFÍA.—La acreditada casa de los Sres. Weber, de Leipzig, acaba de publicar la 2.ª edición de la importantísima obra de medicina titulada *Los pulmones, sus cuidados y tratamientos bajo el punto de vista de la higiene*, por el Dr. Paul Niemcooper, de la Universidad de Leipzig, con 21 grabados en el texto. La segunda división del 2.º cuaderno, trata de la parte química de la respiración. *Der Athemkünstlerchemischer Theil*.

La casa Brokaus, ha publicado una serie de libritos ilustra-

dos, bajo el título *De la salud para sanos y enfermos*, y son entre otros:

El ojo: Dr. J. M. Heyman. 16 grabados.

Enfermedades de mujeres: Dr. R. Flechsig. . . 22 idem.

Lapied, los cabellos y las uñas: Dr. Kleimhaus. 27 idem.

El oído: Dr. Rich. 39 idem.

Acaban de aparecer en Francia los siguientes libros:

Las mujeres y el fin del mundo.

Hofembach en América, notas de un músico en viaje.

Una nueva edición de *Los hijos de Victor Hugo*.

Aparecerán muy pronto:

Ensayo teológico sobre el catolicismo liberal, por Victor Pelletier.

Las religiosas francesas.

Verdades absolutas, por Alejandro Veille.

Está en prensa:

Mi Syllabus, del mismo autor.—Rousset y Edelsdorf.

SALONES.

Nos hallamos en la época más animada de Madrid: los bailes se suceden unos á otros, y apenas nos queda tiempo y espacio para reseñarlos todos de la manera que deseáramos hacerlo, á fin de que aquellas de nuestras lectoras que no hayan podido asistir formen una idea de lo que el mundo elegante se divierte, y de los ricos prendidos que llevan nuestras damas.

Mucho tiempo hacía que la sociedad madrileña deseaba verse reunida en los suntuosísimos salones del Real Palacio, y al anunciarse que se pensaba en dar un baile, despertó en todos el afán de pasar una velada en la régia estancia del nieto de S. Fernando. El baile tuvo efecto en la noche del 15 de este mes, y han sido tantos los buenos y agradables recuerdos que ha dejado en cuantos estuvieron la citada noche, que pasará mucho tiempo antes que puedan olvidar sus impresiones. Hablar de la suntuosidad de aquellos salones, de la riqueza que atesoran y de todo lo bello que allí se encierra, sería imposible; por eso nos limitaremos á decir que no recordamos nada más bello y encantador que el aspecto que la régia morada ofrecía la noche del día 15. S. M. el Rey y su augusta hermana la serenísima señora princesa de Asturias salieron de sus habitaciones á las once menos cuarto, siendo saludados con verdadero cariño por cuantas personas estaban reunidas en los salones que anteceden al de columnas: al presentarse en éste fueron recibidas con los acordes de la hermosa y sin rival *Marcha Real*, y acto continuo dió principio el baile por un rigodon, que bailó S. M. el Rey con la embajadora de Rusia y S. A. con el presidente del Consejo de Ministros.

Desde entonces continuó el baile sin interrupción hasta la hora en que terminó tan agradable fiesta. S. M. y A. recorrieron los salones conversando con la mayor amabilidad con las personas que encontraban á su paso, las cuales quedaban encantadas de su exquisita galantería. A la una entraron en la galería donde estaba dispuesta la cena, acompañados del cuerpo diplomático extranjero y de algunas otras personas que fueron invitadas por S. M.

Empresa imposible sería nombrar las personas que asistieron, y así solo señalaremos algunos nombres de las elegantes damas de nuestra aristocracia, que son los que podemos recordar:

La señora duquesa de Santoña iba cubierta de pedrería, llevando sobre su cabeza una rica y espléndida diadema.

Severa por el oscuro color de su vestido bordado de acero, la duquesa de Bailén recordaba nuestra aristocracia de la época de Isabel I. La corona que se alzaba sobre su frente, es un verdadero portento de arte y de riqueza, y su dueña era una de las damas que se distinguían más por la riqueza de su tocado.

La señora duquesa de la Puente se hacía notar por el mismo concepto.

La duquesa de Fernan-Núñez ostentaba un riquísimo traje de deslumbradora elegancia, y entre sus negros cabellos se agolpaban joyas de extraordinario mérito, despidiendo en vividos destellos los colores del arco iris.

La preciosa hija de la señora duquesa de Fernan-Núñez, encantadora joven de 16 Años, tenía el dulce privilegio de

atraer todas las miradas. Un vestido blanco de suma elegancia, y la esquisita sobriedad de adornos, tan sencillos como bellos, se afanaban ociosamente en rivalizar con los hermosos perfiles de un semblante embelesador.

Allí la duquesa de la Torre, de rostro encantador, lucía un magnífico traje blanco de un gusto inimitable, ostentando sobre su pecho la banda de María Luisa.

También descollaban particularmente, por la elegancia de sus tocados ó la riqueza de sus prendidos, las condesas de Superunda y de Torrependo.

Fuera omisión culpable dejar de citar como de las primeras, por el elegante gusto de su prendido, á la más que nunca bella en aquella ocasion, señora condesa de las Almenas.

La condesa de Heredia-Spinola, la duquesa de Híjar y la de Noblejas iban ricamente vestidas.

También vimos á la ilustre princesa Ratazzi, con traje gris y rosa, y en todo su tocado brillantes y perlas de maravilloso tamaño.

Pero sencilla en su adorno y severa en el color de su negro vestido, nadie como la señorita de Nuñez Topete, que parecía un ángel desprendido de una de las hermosas creaciones del inmortal Murillo.

Además recordamos á la duquesa de Soto-Mayor, marquesa de Guadalest, de Ovieco, del Salar é hijas, de Corvera, de Aguilar, de Montalvo, de La Puente, Soto-Mayor é hijas, de Prado-Alegre, de Nájera, de San Miguel das Penas, de Santa Cruz de Aguirre, de Benemejís, de la Torrecilla, de Ayerbe, condesa de Montefuerte, señora de Chacon, duquesa de Maqueda, señora de la Roca, señora de Romero Robledo, condesa de Llobregat, señora de Marval, de Bejarano, de Rábago, condesa de Gomar, señora de Quesada, duquesa de Almodóvar del Valle, de Bedmar, infanta Cristina, marquesa de Perijáa, de Peña-Florida, condesa de Sástago, de Peñarramiro, marquesa de Casa Irujo, de Ulagares, duquesa de Ahumada, de Torrejon, condesa de San Luis con sus preciosas hijas Leonor é Isabel, marquesa de Villamejor, de TorreAlta, condesa de Luna, señora de Ulloa, condesa de Almina, señora de Alonso Martinez, de Santos Suarez, de Vinent, señoritas de Ramos, de Sierra, condesa de Superunda, de Casa-Valencia, señora de Ferraz, señorita de Urquijo, señora de Emperanza, condesa de Pineda, señorita de Onate, de Fonseca, de Bayo, de Manjon y de Rodríguez Leal.

De los objetos que más llamó la atención de nuestras damas fueron los individuos que componen la embajada de Birmania, que ocupaba su sitio entre el cuerpo diplomático.

Otro baile que no podrá olvidarse con facilidad, es el que las damas de Honor y Mérito dieron en el restaurado salón del Conservatorio á beneficio del Asilo de huérfanas.

No encontramos palabras para elogiar á estos ángeles de caridad que no perdonan medio alguno para aliviar la suerte del que padece.

La señora marquesa de Miraflores, la duquesa de Bailén, la marquesa de Bedmar, la de Trives y la Sra. de Riva-Herrera pueden estar seguras que desde el fondo de su corazón la bendicen las desgraciadas criaturas á quienes tan desinteresadamente educan y alimentan.

Los condes de Berlanga de Duero también han dado un gran baile en la noche del 7, luciendo la rica y esbelta escalera que han hecho construir para completar la elegancia y comodidad de la casa. Todas las personas que componen la buena sociedad madrileña se hallaban reunidas en dicha casa, prolongándose tan agradable reunión hasta hora muy avanzada en que dió término el cotillon, dirigido por el Sr. Gutierrez Valcárcel.

En la misma noche recibieron los Sres. De Silvela en su precioso hotel de la calle de Almagro, donde se pasó la velada de la manera más agradable del mundo. Verdad es que las noches que se pasan en esta casa se hacen cortísimas por la esquisita galantería de sus dueños.

Los señores marqueses de la Romana dieron otra fiesta la noche del miércoles, en donde, como siempre, lucieron sus gratos atractivos nuestras bellas y elegantes damas.

Prometemos á nuestras lectoras que les daremos extensa cuenta del chocolate en casa de los marqueses de la Torrecilla, del baile que preparan los marqueses de Villamejor, y del gran baile que darán, para celebrar los días de Alfonso XII, los con-

des de Superunda. También los marqueses de Viana darán, en uno de los días del próximo mes, en su residencia de la calle de Fuencarral, un baile que podremos llamar de trajes, puesto que habrá unas cuantas parejas que formarán una linda comparsa de *pierrots* y *pierretes*.

He aquí terminada nuestra revista, que puede decirse que es el comienzo de las que ha de publicar

Fakir.

CRÓNICA TEATRAL.

En el teatro Real se han cantado durante estos últimos diez días las óperas *Aida*, en cuyo desempeño merecen especial mención las Sras. Pozzoni y Cortés y los Sres. Tamberlik y Boccolini; *Il Trovatore*, que le proporcionó una verdadera ovación al Sr. Tamberlik á la terminación del *allegro*, que le hicieron repetir, no siendo ménos aplaudido el Sr. Boccolini en el *andante* de su *aria*.

El Sr. Ponsard hizo su debut en la ópera *Los Hugonotes*, siendo, y con justicia, muy bien recibido por el inteligente público madrileño. La Sra. Pozzoni y los Sres. Stagno y Rota contribuyeron poderosamente á la buena ejecución de esta ópera.

Por enfermedad del Sr. Cepillo se ha suspendido en el Español el estreno del drama *La verja cerrada*, habiéndose puesto en escena durante estos días las bellísimas comedias *La niña boba*, *García del Castañar*, *La levita* y la inmortal obra de Calderón *La vida es sueño*.

Como pueden observar nuestros lectores son bien escasas las novedades que, tanto el teatro Real como el Español, han proporcionado al público. Creemos no sucederá igual en los próximos diez días en que tendrá lugar el estreno del último drama de Echegaray, *Locura ó santidad*. A continuación de este estreno parece se pondrá en escena *La verja cerrada*, obra de uno de nuestros más distinguidos colaboradores, á la que seguirán: un drama en tres actos del Sr. García Gutierrez, y el *Rey penitente*, en dos, de D. Marcos Zapata.

También hay presentada en este teatro una revista intitulada *El año pasado por agua*.

Y ya que de revista hablamos, diremos dos palabras de la que, con el título de *El año sin juicio*, original de los Sres. Ramos Carrion y Pina Dominguez, fué estrenada noches pasadas en el teatro de La Comedia.

Puesta en escena con el esmero é interés con que sabe hacerlo el Sr. Mario, y llena de gracia y felices rasgos, ha conseguido un feliz y merecido éxito. Lástima que no hubiesen suprimido algunos chistes algo subidos de color y poco apropiados para un público tan escogido como el que frecuenta este precioso coliseo.

La ejecución esmerada, distinguiéndose el Sr. Zamacois.

En la misma noche, y con igual éxito, se estrenó la fábula cómica *La cigarra y la hormiga*, del Sr. Velazquez y Sanchez, que entretuvo agradablemente al público por la gracia y vivacidad del diálogo y agradable versificación.

CABOS SUELTOS.

Tenemos en nuestro poder la novela titulada *El espadín del Guardia de Corps*, original del Sr. D. Alfredo Gonzalez Pitt, de la que no nos ocupamos en este número por haber llegado tarde á nuestras manos, y cuando ya teníamos sobra de originales.

INDUSTRIA.—Hemos visto los cromos-anuncios que, para una gran parte del comercio de Madrid, ha hecho en su acreditado establecimiento (Arenal 27) la señora viuda de Rodríguez. El trabajo puede competir perfectamente con los que para dicho objeto se fabrican en Francia. Esto, al par de ser muy útil, es hasta cierto punto artístico; pues en vez de ofrecer sus servicios al público cualquier comerciante con una simple tarjeta, que más tarde se aja y rompa, se hace con una preciosa figura que aquel tiene gusto en conservarla, y el anuncio, guardado por el *cromo*, permanece siempre á la vista del interesado.